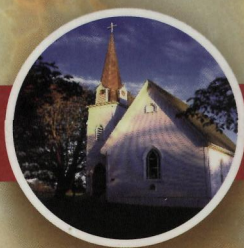


Grandes Autores de la Fe

ÉPOCA MODERNA



Lo mejor de

EDWARD M.

BOUNDS

COMPILADO POR:

ANA MAGDALENA TRONCOSO

Edward M. Bounds (1835-1913) es ampliamente conocido y apreciado por toda la comunidad cristiana como el *gran especialista en la oración*. Sus libros, de los cuales se han vendido cientos de miles de ejemplares en los principales idiomas, son lectura insuperable para lo hora quieta, la meditación cuidadosa y profunda; verdaderos oasis en tiempos de sequía espiritual, voces vivientes de consuelo y esperanza, que siguen hablando años después de que su autor se haya ido de la Tierra.

Este volumen incluye la práctica totalidad de los escritos de este gran siervo de Dios, compilados en dos partes. La primera agrupa las siete obras que versan sobre el tema de la oración: LA REALIDAD DE LA ORACIÓN, EL PROPÓSITO DE LA ORACIÓN, LAS POSIBILIDADES DE LA ORACIÓN, LOS FUNDAMENTOS DE LA ORACIÓN, LA NECESIDAD DE LA ORACIÓN, EL PREDICADOR Y LA ORACIÓN y HOMBRES DE ORACIÓN. La segunda parte recoge los dos libros de Bounds sobre la vida futura: LA REALIDAD DE LA RESURRECCIÓN y LA GLORIA DEL CIELO.

La colección GRANDES AUTORES DE LA FE pone al alcance de los cristianos del siglo XXI, en poco más de 170 volúmenes –uno para cada autor–, lo mejor de la herencia histórica escrita del pensamiento cristiano desde mediados del siglo I hasta mediados del siglo XX.

Presenta los textos clásicos de manera innovadora para que, además de resultar asequibles al lenguaje actual, cumplan tres funciones prácticas:

- 1 Lectura rápida.** Dos columnas paralelas al texto completo hacen posible que todos aquellos que no disponen de tiempo suficiente puedan, cuanto menos, conocer al autor, hacerse una idea clara de su línea de pensamiento y leer un resumen de sus mejores frases en pocos minutos.
- 2 Textos completos.** El cuerpo central del libro incluye una versión del texto completo de cada autor, en un lenguaje actualizado, pero con absoluta fidelidad al original. Ello da acceso a la lectura seria y a la investigación profunda.
- 3 Índice de conceptos teológicos.** Un completo índice temático de conceptos teológicos permite consultar con facilidad lo que cada autor opina sobre las principales cuestiones de la fe.



editorial clie

• CLASIFÍQUESE: 2630 GRANDES AUTORES DE LA FE •
ÉPOCA MODERNA
• CTC 06-36-2630-01 • REF 224337 •

ISBN 84-8267-195-2



9 788482 671956

ÍNDICE

EX LIBRIS ELTROPICAL

EDITORIAL CLIE

Galvani, 113
08224 TERRASSA (Barcelona)
E-mail: libros@clie.es
Web: <http://www.clie.es>

LO MEJOR DE EDWARD M. BOUNDS

Compilado por: *Ana Magdalena Troncoso*

© 2001 por Editorial CLIE

Depósito Legal: B-47761-01

ISBN: 84-8267-195-2

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. nº 2.910 SE- Polígono Industrial Can Trias,
C/Ramon Llull, 20- 08232 VILADECAVALLS (Barcelona)

Printed in Spain

Clasifiquese: 2630 GRANDES AUTORES DE LA FE CRISTIANA: Época Moderna
C.T.C. 06-36-2630-01

Referencia: 22.43.37

Prólogo a la Colección <i>Grandes Autores de la Fe</i>	11
Prólogo a <i>Lo mejor de E. M. Bounds</i>	15
INTRODUCCIÓN: LAS DOS REALIDADES DE EDWARD M. BOUNDS	19
1. Biografía de Edward M. Bounds	19
2. Opiniones acerca de Edward M. Bounds:	
su persona	20
3. Opiniones acerca de Edward M. Bounds:	
sus escritos	22
4. Desarrollo de sus manuscritos	24
PRIMERA PARTE: LA REALIDAD DE LA ORACIÓN	29
<i>Introducción Primera Parte: La oración, un privilegio sagrado</i>	31
I LA REALIDAD DE LA ORACIÓN	37
1 La oración colma la pobreza del hombre con la riqueza de Dios	39
2 La oración, la esencia absoluta	44
3 Dios está íntimamente ligado a la oración	48
4 El Señor Jesucristo, el divino maestro de la oración	55
5 El Señor Jesucristo, el divino maestro de la	
oración (continuación)	60
6 El Señor Jesucristo, un ejemplo de oración	67
7 Incidentes de oración en la vida de nuestro Señor	73
8 Incidentes de oración en la vida de nuestro Señor (continuación)	77
9 El modelo de oración de nuestro Señor	82
10 La oración sacerdotal de nuestro Señor	85
11 La oración del Getsemaní	90
12 El Espíritu Santo y la oración	96
13 El Espíritu Santo, nuestro ayudador en la oración	102
14 Los dos consoladores y los dos abogados	108
15 La oración y la dispensación del Espíritu Santo	111
II EL PROPÓSITO DE LA ORACIÓN	117
1 Dios modela el mundo a través de la oración ..	119
2 La oración y los propósitos de Dios	122

3 Más y mejor oración, el secreto del éxito	127
4 Incidentes de la oración poderosa	133
5 No hay sustituto de la oración	141
6 La universalidad de la oración	146
7 La oración es el remedio para todos los males	151
8 "Pídemelo..."	161
9 Dificultades en la vida de oración	166
10 La oración puede hacer todo lo que Dios puede	175
11 Los avivamientos como parte del plan divino	188
12 La oración y las misiones	195
III LAS POSIBILIDADES DE LA ORACIÓN	203
1 La oración y sus promesas	205
2 La oración y sus promesas (continuación)	209
3 El propósito definido de la oración	215
4 La oración, sus posibilidades	222
5 La oración y los asuntos temporales	226
6 La oración, su vasto alcance	231
7 La oración, hechos e historia	235
8 La oración intercesora	240
9 La oración concertada	245
10 La oración y el estudio bíblico	251
11 Oraciones contestadas	254
12 La respuesta a la oración	258
13 La oración contestada	266
14 Los milagros de la oración	269
15 Maravillas de Dios por medio de la oración	275
IV LOS FUNDAMENTOS DE LA ORACIÓN	283
1 La oración abarca al hombre entero	285
2 La oración y la humildad	291
3 La oración y la devoción	296
4 La oración, la alabanza y la gratitud	301
5 La oración y la tribulación	306
6 La oración y la tribulación (continuación)	313
7 La oración y la obra de Dios	318
8 La oración y la consagración	324
9 La oración y las normas religiosas	330
10 La oración nacida de la compasión	335
11 La oración y la divina Providencia	340
12 La oración y la divina Providencia (continuación)	347

V LA NECESIDAD DE LA ORACIÓN	353
1 Oración y fe	355
2 Oración y fe (continuación)	360
3 Oración y confianza	367
4 La oración, la alabanza y la súplica	373
5 Oración y deseo	378
6 Oración y fervor	384
7 Importunidad, una característica de la verdadera oración	387
8 Oración e importunidad	395
9 Oración e importunidad (continuación)	398
10 Oración, carácter y conducta	403
11 Oración y obediencia	409
12 Oración y obediencia (continuación)	416
13 Oración y vigilancia	420
14 La oración y la Palabra de Dios	426
15 La oración y la Palabra de Dios (continuación)	431
VI EL PREDICADOR Y LA ORACIÓN	435
1 El carácter y la predicación	437
2 La casa de Dios	441
3 La predicación de la letra <i>versus</i> la predicación crucificada	445
4 La clave del éxito del verdadero predicador	449
5 La clave del éxito del verdadero predicador (continuación)	452
6 Hombres de oración	456
7 La oración matutina	460
8 El predicador devoto	462
9 El gran ejemplo de David Brainerd	465
10 La mente y el corazón del predicador	469
11 El arte de predicar, una unción de Dios	472
12 La oración intercesora del predicador por su iglesia	477
13 La oración intercesora de la iglesia por su pastor	480
14 La importancia de la devoción personal	483
15 Visión de futuro para los predicadores	486
VII HOMBRES DE ORACIÓN	489
1 Cantos de oración en el Antiguo Testamento	491
2 Abraham, el patriarca de la oración	499

3 Moisés, el poderoso intercesor	502
4 Elías, el profeta que oraba	508
5 Ezequías, el rey que oraba	514
6 Esdras, el reformador que oraba	520
7 Nehemías, el constructor que oraba	523
8 Samuel, el hijo de oración	528
9 Daniel, el cautivo que oraba	533
10 Cantos de oración en el Nuevo Testamento	538
11 Pablo, el maestro de la oración	546
12 Pablo, el maestro de la oración (continuación)	553

SEGUNDA PARTE: LA REALIDAD DE LA VIDA ETERNA	563
--	-----

<i>Introducción Segunda Parte: La vida eterna, nuestra garantía</i>	565
---	-----

I LA REALIDAD DE LA RESURRECCIÓN	569
1 La inmortalidad y la resurrección	571
2 La muerte y la resurrección	574
3 Cristo y la resurrección	578
4 Cristo y la resurrección (continuación)	582
5 Pablo y la resurrección	587
6 El juicio y la resurrección	592
7 La teología y la resurrección	597
8 La teología y la resurrección (continuación)	600
9 La filosofía y la resurrección	608
10 Un sermón de Wesley sobre la resurrección	613
11 La glorificación y la resurrección	625
12 La segunda venida de Cristo y la resurrección	632

II LA GLORIA DEL CIELO	635
1 El Cielo, un hogar	637
2 El Cielo, una ciudad	644
3 El Cielo, una ciudad (continuación)	648
4 El Cielo, un reino	655
5 El Cielo, un paraíso	659
6 El Cielo y la vida eterna	662
7 El Cielo y el Espíritu Santo	668
8 Gracias que hacen apto para el Cielo	671
9 El conocimiento y el Cielo	678
10 La templanza y el Cielo	681
11 El amor y el Cielo	685
12 El deseo y el Cielo	688

13 La tribulación, la paciencia y el Cielo	694
14 La esperanza y el Cielo	701
15 El gozo y el Cielo	706

Índice de Conceptos Teológicos	713
Índice de Citas de Autores	717
Índice Escritural	719
Volúmenes de la Colección GRANDES AUTORES DE LA FE	731

LIBRO V
LA NECESIDAD DE LA ORACIÓN

1

Oración y fe

Un querido amigo muy aficionado a la caza me contó la siguiente historia: "Cierta mañana, muy temprano, oí una jauría de perros que perseguían su presa. Mirando hacia afuera, en un campo abierto que se extendía frente a mí, vi a un ciervo corriendo a bastante velocidad. Viéndose cada vez más encerrado, pegó un gran salto y fue a parar a unos diez pies de donde yo estaba. Un minuto más tarde, dos de los perros se acercaron; entonces, el ciervo corrió en dirección a mí y puso su cabeza entre mis piernas. Levanté al animalito, que ciertamente era muy pequeño, y espanté a los perros. Y sentí que ni todos los perros de esa provincia juntos podrían capturar a esa inocente criatura que había venido en busca de mi fortaleza y protección". Así sucede cuando la inadecuación e impotencia humana apela al Dios Todopoderoso. Recuerdo muy bien cuando las salvajes hordas del pecado iban detrás de mi alma hasta que, al fin, corrí a los brazos del Dios Todopoderoso.

En última instancia, la oración es simplemente un acto de fe, reclamando sus maravillosas prerrogativas: la fe, tomando posesión de su herencia ilimitada.

A. C. DIXON

En cualquier estudio de los principios y procedimientos de la oración, de sus actividades y empresas, debe darse un lugar preponderante a la fe. Pues es la cualidad inicial en el corazón de cualquier persona que desee hablar con el Dios invisible. Así, en su impotencia, el hombre debe fortalecer las manos de la fe. Y cuando no puede probar, debe creer. En última instancia, la oración es simplemente un acto de fe, reclamando sus maravillosas prerrogativas: la fe, tomando posesión de su herencia ilimitada.

Esto es, la fe puede lo imposible porque hace que la divina Providencia obre a nuestro favor, y con Dios no hay nada que sea imposible. ¡Cuán grande, incalificable e ilimitado es el poder de la fe! Si la duda y la incredulidad desaparecen del corazón, lo que pedimos a Dios seguramente sucederá.

La oración proyecta la fe en Dios, y Dios proyecta su poder sobre el mundo. Sólo Él puede mover montañas, pero la fe y la oración pueden mover a Dios.

¿Cómo? A saber, la oración proyecta la fe en Dios, y Dios proyecta su poder sobre el mundo. Sólo Él puede mover montañas, pero la fe y la oración pueden mover a Dios.

En su maldición a la higuera estéril, nuestro Señor demostró el poder de la fe en la oración; siguiendo a aquel acto, Él procedió a declarar que la fe podría alcanzar cosas gigantescas, no para matar, sino para hacer vivir, ni tampoco para destruir, sino para bendecir...

En este punto de nuestro estudio, recordemos algunas palabras de Jesús, que bien pueden ser la clave para una fe y oración auténticas:

"Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá" (Mr. 11:24).

Deberíamos enfatizar bien estas palabras; pues en ellas se describe una clase de fe que se apropia de las cosas. Una fe tal es un conocimiento de lo Divino, una comunión basada en la experiencia y una firme certeza. Esta fe es la que nosotros debemos mantener, ardiendo y brillando siempre.

Sin embargo, ¿crece o declina la fe con el paso de los años? ¿Permanece firme y fuerte en estos tiempos cuando abunda la iniquidad y cuando el amor de muchos se enfría más y más? ¿Puede la fe mantener su postura, mientras que la religión tiende a convertirse en una mera formalidad y lo mundanal prevalece y aumenta incluso dentro de la misma Iglesia? Recordemos las sabias palabras del Señor Jesucristo:

"Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la Tierra?" (Lc. 18:8).

La fe es el fundamento del carácter cristiano y la seguridad del alma. Cuando el Señor Jesús veía que se acercaba la negación de Pedro, le dijo a su discípulo:

"Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero Yo he rogado por ti, que tu fe no falte" (Lc. 22:31 y 32).

Nuestro Señor estaba exponiendo una verdad primordial; era la fe de Pedro lo que Él deseaba guardar, pues bien sabía que cuando la fe se quebranta, los fundamentos de la vida espiritual decaen y la estructura total de la experiencia religiosa se viene abajo. De ahí precisamente, la solicitud del Señor Jesucristo por el bienestar del alma de su discípulo y su determinación de

fortificar la fe de Pedro mediante su propio poder en la oración.

Pedro, en su segunda epístola, tiene esta idea en mente cuando habla del crecimiento en la gracia como una medida de seguridad en la vida cristiana y como un medio de llevar fruto:

"Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe, virtud, a la virtud, conocimiento, al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad, a la piedad afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos, ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo" (2 P. 1:5-8).

Así, la fe es el punto de partida de este proceso de adición, la base de todas las otras gracias del Espíritu. Y en este proceso de crecer en la gracia mucho depende la forma cómo se empieza: hay un orden divino, del cual Pedro estaba bien consciente; por eso, continúa declarando que debemos añadir diligencia para hacer segura nuestra elección, elección que será firme añadida a la fe, la cual a su vez se cultiva por la oración ferviente y constante. Esa fe se mantiene viva por medio de la oración, y cada paso que se toma en este proceso de añadir a la gracia es acompañado por la oración. Mientras que cuando la fe deja de orar, deja de vivir. Esta fe, puesta en la habilidad del Señor Jesucristo, de hacer y obrar poderosamente, es la que ora por grandes cosas. Fue así que el leproso tomó valor para invocar el poder de Cristo:

"Señor, si quieres puedes limpiarme" (Mr. 1:40).

En este caso, vemos la fe centrada únicamente en la capacidad del Señor para obrar y, como consecuencia, el desencadenamiento de su poder sanador.

Precisamente, tratando sobre este mismo punto, el Señor hizo aquella pregunta a los ciegos que vinieron a Él para ser sanos:

"¿Creéis que puedo hacer esto? Ellos respondieron: Sí, Señor. Entonces les tocó los ojos, diciendo: *Conforme a vuestra fe os sea hecho.* Y los ojos de ellos fueron abiertos" (Mt. 9:28-30).

Fue para inspirar la fe en su capacidad de obrar, que el Señor declaró estas palabras, las cuales constituyen uno de los desafíos más grandes a la fe del creyente.

La fe es la base de todas las otras gracias del Espíritu.

La fe en
Cristo es la
base de todas
las obras
y de toda
oración.
En otras
palabras,
todas las
obras
maravillosas
dependen de
oraciones
maravillosas,
y toda la
oración
ha de hacerse
en el
Nombre
de nuestro
Señor
Jesucristo.

La fe es, además, obediente, actúa cuando se le ordena, como sucedió en el caso del noble que vino a Jesús y cuyo hijo estaba gravemente enfermo.

Más aún, una fe tal actúa inmediatamente, como el hombre que había nacido ciego y fue a lavarse al estanque de Siloé cuando el Señor le ordenó que lo hiciera. O como Pedro en el lago de Genesaret, la fe levanta la red cuando la orden divina lo requiere, sin preguntas ni dudas. Una fe tal fue asimismo la que libró a Jacob de manos de Esaú. Pero antes de que esa oración pudiera ser contestada, había mucho que obrar en la persona de Jacob. Él debía sufrir una transformación, al igual que su hermano Esaú. Jacob debía convertirse totalmente a Dios, antes de que Esaú se convirtiera a Jacob. He aquí la fe obediente, de la persona que acepta ser transformada en su corazón.

Entre todas las palabras que nuestro Señor pronunció acerca de la oración, éstas son las más relevantes y significativas:

“De cierto, de cierto os digo: el que en Mí cree, las obras que Yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque Yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis al Padre en mi Nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi Nombre, Yo lo haré” (Jn. 14:12-14).

¡Cuán maravillosas son estas declaraciones en cuanto a lo que Dios hará en respuesta a la oración! ¡De cuánta importancia! ¡Qué verdad tan solemne encierran! La fe en Cristo es la base de todas las obras y de toda oración. En otras palabras, todas las obras maravillosas dependen de oraciones maravillosas, y toda la oración ha de hacerse en el Nombre de nuestro Señor Jesucristo. ¡Sencilla y asombrosa lección, es la de orar en el nombre del Señor Jesús! Todas las demás condiciones quedan de lado: el Señor Jesús es el Todo; el Nombre de Cristo, su Persona, debe ser considerada siempre soberana a la hora de la oración.

Si Cristo es la Fuente de toda mi vida, si las corrientes de su vida han desplazado a las de mi Yo, si la obediencia implícita a Él es la fuerza e inspiración de cada movimiento de mi vida, entonces, Él tomará mis oraciones y las presentará ante el Padre, y Yo tendré la garantía de que

serán contestadas. Nada puede ser más claro, más específico e ilimitado, tanto en su aplicación como en su extensión, que la exhortación de Cristo en sus palabras:

“Tened fe en Dios” (Mr. 11:22).

Porque la fe cubre las necesidades temporales y espirituales; disipa la ansiedad y los cuidados sobre lo que comeremos, beberemos o con qué nos vestiremos. La fe vive en el presente y mira cada día como suficiente dentro de su propio afán, disipando todos los temores del mañana; lleva descanso a la mente y perfecta paz al corazón:

“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera” (Is. 26:3).

Y aquel que vive en el presente saca lo mejor de la vida, pues sus planes y su «horario» siempre coinciden con los de Dios.

Las verdaderas oraciones surgen de las pruebas y necesidades presentes: el pan para hoy es suficiente para la necesidad presente, y constituye la garantía más sobresaliente de que también habrá pan para mañana; la victoria de hoy día, es la seguridad de que mañana habrá victoria...

Por ello, nuestras oraciones han de estar enfocadas sobre el presente. Debemos confiar en Dios cada día, y dejar el mañana enteramente en sus manos. El presente es nuestro y la oración es la tarea y el deber para cada día; pero el futuro pertenece sólo a Dios.

De lo dicho concluimos, pues, que así como cada día requiere su pan, del mismo modo requiere su oración. Ninguna oración, por más larga que haya sido hoy, suplirá a la de mañana. Por otra parte, ninguna oración dedicada al mañana es de valor para el día de hoy. El maná de hoy es lo que realmente necesitamos; mañana Dios se encargará de que nuestras necesidades estén suplidas. Ésta es la fe que Dios desea inspirar. De manera que dejemos el mañana, con sus cuidados, necesidades y problemas, en las manos de Dios:

“Baste a cada día su propio mal” (Mt. 6:34).

La fe vive
en el
presente
y mira cada
día como
suficiente
dentro de su
propio afán,
disipando
todos los
temores del
mañana;
lleva
descanso
a la mente
y perfecta
paz al
corazón.

2

Oración y fe
(continuación)

La fe no es una creencia abstracta en la Palabra de Dios, ni un simple consentimiento o entendimiento de la voluntad, tampoco una aceptación pasiva de los hechos. La fe es una operación de Dios, una iluminación divina, una energía santa implantada por la Palabra de Dios y el Espíritu dentro del alma humana: un principio divino y espiritual que proviene de lo sobrenatural y hace que una cosa sea aprehensible por medio de las facultades del tiempo y los sentidos.

Los huéspedes de cierto hotel se estaban sintiendo bastante incómodos a causa del repetido sonido de un piano causado por una pequeña que no poseía ningún conocimiento musical. Fueron a quejarse al propietario para que acabara con ello: "Siento que estén molestos... -les dijo-. Pero la niña es la hija de uno de mis mejores clientes; no me atrevo a decirle que no toque el piano. Su padre, que ha estado ausente durante unos pocos días, regresará mañana". Cuando volvió su papá, encontró a su hijita en la recepción golpeando el teclado del piano. Fue directamente hacia ella, y poniendo sus manos sobre las de la pequeña, sacó las más hermosas melodías. Así puede ocurrir con nosotros, y ocurrirá tal vez un día muy cercano. Ahora podemos producir muy poca o casi ninguna armonía, pero un día, el Señor Jesús tomará las manos de nuestra fe y oración, y las usará para producir la música de los Cielos.

ANÓNIMO

La fe genuina y auténtica debe ser definida y libre de toda duda. No ha de ser un simple creer en la bondad y el poder de Dios, sino una fe que cree que las cosas que pide sucederán. Y así como ésta tiene que ser específica, lo será también la respuesta. La fe y la oración seleccionan las cosas, y Dios hace esas mismas cosas que la fe y la oración perseverante presentan ante su trono. Esta clase de fe es una verdadera perla de gran precio en el proceso y práctica de la oración:

"Por tanto, os digo que todo lo que pidiereis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá" (Mr. 11:24).

Esto es, la perfecta fe obtiene siempre lo que pide la perfecta oración.

Por tanto, nuestra principal preocupación debe centrarse en nuestra fe: los problemas de su desarrollo, crecimiento y madurez.

Empecemos, pues, definiendo qué es la fe... La fe no es una creencia abstracta en la Palabra de Dios, ni tampoco

un simple consentimiento o entendimiento de la voluntad, ni tampoco una aceptación pasiva de los hechos. La fe es una operación de Dios, una iluminación divina, una energía santa implantada por la Palabra de Dios y el Espíritu dentro del alma humana: un principio divino y espiritual que proviene de lo sobrenatural y hace que una cosa sea aprehensible por medio de las facultades del tiempo y los sentidos.

La fe está consciente de Dios en forma permanente. Trata directamente con el Señor Jesucristo y ve en Él al Salvador; trata con la Palabra de Dios y se apropia de sus verdades. Trata con el Espíritu de Dios y es vigorizada e inspirada por su fuego santo. Dios es el gran objetivo de la fe, puesto que ella descansa sobre su Palabra.

Además, la fe no es un algo sin objetivo, sino una mirada del alma hacia Dios y un descansar en sus promesas; porque así como el amor y la esperanza siempre tienen un objetivo, también lo tiene la fe. No es creer en cualquier cosa, sino en Dios, en el Dios perfecto y Omnipotente, descansando en su bendita Persona y confiando en su Palabra.

Pero, sobre todo, la fe da lugar y origen a la oración, y crece más fuerte y profunda en las luchas y combates del alma que pide; es «la sustancia de las cosas que se esperan» (He. 11:1), la seguridad y herencia de los santos...

La fe es también humilde y perseverante; puede esperar y orar, puede permanecer sobre sus rodillas hasta recibir lo anhelado. Es la gran condición para la oración, la falta de ella se evidencia en toda oración débil, pobre, escasa y sin respuesta.

Sin embargo, la naturaleza y el significado de la fe es más demostrable en lo que hace que mediante cualquier definición que de ella podamos dar. Si vamos a Hebreos 11, podremos ver algunos de los asombrosos resultados de la fe. ¡Qué lista tan gloriosa la de aquellos hombres y mujeres de fe! ¡Qué maravillosos casos en este archivo sagrado! El escritor inspirado, agotando sus recursos en catalogar a los santos del Antiguo Testamento, quienes fueron ejemplos tan notables de una fe inquebrantable, exclama por fin:

"¿Y qué más digo? Porque el tiempo me faltaría contando de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, así como de Samuel y de los profetas" (He. 11:32).

La naturaleza y el significado de la fe es más demostrable en lo que hace que mediante cualquier definición que de ella podamos dar.

Debemos quitar los ojos del *yo*, de nuestra propia debilidad e ineptitud, y permitir que ellos descansen solamente en el poder de Dios.

Y así el escritor de Hebreos continúa destacando las poderosas obras de la fe de aquellos grandes hombres de la antigüedad, de los cuales "el mundo no era digno", para finalizar diciendo que todos ellos alcanzaron buen testimonio mediante la fe.

¡Qué época de gloriosos hechos amanecería para la Iglesia y el mundo, si sólo pudiera reproducirse una generación de santos poderosos en la fe y la oración! La Iglesia no necesita grandes intelectuales, ni tampoco hombres poderosos en bienes o fortuna, ni personas que gocen de una gran influencia social; necesita, especialmente, hombres de fe y oración, hombres y mujeres que vayan tras la carrera de aquellos santos y héroes, enumerados en el libro de los Hebreos, que alcanzaron buen testimonio mediante la fe.

Muchos hombres en nuestros días son conocidos en los medios cristianos por su generosidad material, sus grandes dones y talentos... Pero hay muy pocos que obtengan un "buen testimonio" a causa de su gran fe en Dios o debido a las maravillosas cosas que acontecen por sus oraciones. Hoy, al igual que en todas las épocas, necesitamos hombres de gran fe y poderosos en la oración. Éstas son las dos virtudes cardinales que hacen a un hombre grande a los ojos de Dios; los dos elementos que crean las condiciones para un verdadero éxito espiritual en la vida y el ministerio de la Iglesia. Nuestra principal preocupación ha de ser, pues, mantener una fe tal en calidad y consistencia, que pueda alcanzar las promesas de Dios y retenerlas, sin dudar ni vacilar en un solo momento.

Y es que la duda y el temor son los enemigos gemelos de la fe. A veces, hasta usurpan el lugar de la fe, y aunque nos pongamos a orar, la oración que ofrecemos está llena de inquietud, angustia y quejas. Pedro, por ejemplo, falló en su caminata sobre el mar de Genesaret porque permitió que las olas al romper sobre él le quitaran el poder de su fe. Sacando sus ojos del Señor y mirando al agua amenazadora a su alrededor, comenzó a hundirse y a pedir socorro angustiosamente.

En efecto, las dudas nunca deben de ser permitidas, ni tampoco podemos dejar que nuestra mente «elabore» temores a su antojo. Ningún hijo de Dios debe hacerse un mártir del miedo y de la duda; ésto no da crédito a la capacidad mental de ningún hombre, ni tampoco el intere-

sado puede esperar recibir consolación con una actitud semejante. Al contrario, debemos quitar los ojos del *yo*, de nuestra propia debilidad e ineptitud, y permitir que ellos descansen solamente en el poder de Dios:

"No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene gran-de galardón" (He. 10:35).

Pero, ¿cuál es el remedio contra la duda? Una fe sencilla pero firme, vivida día por día:

"Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias" (Fil. 4:6).

Ésta es la cura divina que disipará toda sombra de temor, ansiedad y preocupación indebidas del alma, todo lo cual está muy cerca de la duda y la incredulidad. Ésta es la receta divina para asegurar la paz que "sobrepuya todo entendimiento" (Fil. 4:7) y mantiene al corazón y a la mente en quietud y sosiego. Todos nosotros necesitamos prestar mucha atención a la advertencia dada en Hebreos:

"Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo" (He. 3:12).

También hemos de guardarnos de la incredulidad como si lo hiciéramos contra un enemigo en potencia. La fe necesita ser cultivada. Pidamos al Señor que aumente nuestra fe, puesto que la misma es muy susceptible y propensa a modificaciones. El deseo de Pablo con respecto a los tesalonicenses era que su fe aumentara y aún excediera; lo cual es posible ejercitándola y poniéndola en uso, nutriéndose a través de las pruebas, de la lectura y meditación de la Palabra de Dios, y floreciendo en medio de una atmósfera de constante oración:

"Para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo" (1 P. 1:7).

Todos deberíamos detenernos en nuestros caminos y hacernos las siguientes preguntas: ¿Tengo yo una auténtica fe en Dios? ¿Es acaso una fe real, la cual me mantiene en perfecta paz en relación a las cosas del Cielo y de la Tierra? ¿Estoy orando a Dios de modo que Él me oiga y conteste mis oraciones?

Se dice que Augusto César "fundó Roma como una ciudad de madera y la dejó hecha una ciudad de mármol".

La labor de un ministro de Dios es la de cambiar a pecadores incrédulos en santos llenos de fe y oración.

La fe despeja el camino hacia el trono de gracia. De hecho, da la seguridad de que hay un trono de gracia, y de que el Sumo Sacerdote está esperando las oraciones de aquellos hombres y mujeres llenos de fe.

Así, pues, el pastor que consiga cambiar a sus feligreses, haciéndoles verdaderos hombres y mujeres de oración, habrá hecho una obra mucho mayor que la de este personaje histórico.

Ésta debería ser la labor primordial de todo predicador. En primer lugar, porque está tratando con gente que no ora y que en general no tiene a Dios en todos sus pensamientos; se encuentra con esta clase de gente cada día y en todas partes. Y su tarea principal es hacerles volver de su indiferencia a Dios y convertirlos en hombres y mujeres de fe, que oren sin cesar, crean con todas sus fuerzas en el único Dios verdadero, y hagan su voluntad. Y es que la misión de los predicadores no es sólo la de inducir a los hombres a que se unan a la Iglesia, ni tampoco enseñarles a hacer las cosas mejor que antes: es la de hacer que oren, que confíen en Dios, y que siempre mantengan a su Señor delante de sus ojos, para que no pequen contra Él.

En definitiva, la labor de un ministro de Dios es la de cambiar a pecadores incrédulos en santos llenos de fe y oración:

“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo...” (Hch. 16:31).

Cuando vemos que Dios ha hecho de la fe la condición indispensable para ser salvos, entonces nos damos cuenta de su tremenda importancia:

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe...” (Ef. 2:8).

De igual manera, cuando nos damos cuenta de la gran importancia de la oración, vemos que la fe es su compañera inseparable: por la fe somos salvos, y por medio de ella permanecemos salvos; y la oración nos introduce al mundo de la fe. Sí, la oración es absolutamente dependiente de la fe. Virtualmente, no puede existir aparte de ella, y nada puede llevarse a cabo si separamos la una de la otra. A su vez, la fe hace que la oración sea efectiva y poderosa:

“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (He. 11:6).

Pablo declaraba que la vida que él vivía, la vivía en la fe en el Hijo de Dios, quien le amó y se dio a Sí mismo por él. De este modo, el gran apóstol “andaba por fe y no por vista” (2 Co. 5:7).

Aun antes de que la oración sea expresada y las peticiones se hagan notorias ante Dios, la fe debe haber ya adelantado camino, debe apoyar su seguridad en la existencia y el poder de Dios, y dar su asentimiento a la verdad llena de gracia que expresa: “Dios es galardonador de los que le buscan”. Éste es el primer paso en la oración...

La fe despeja el camino hacia el trono de gracia. De hecho, da la seguridad de que hay un trono de gracia, y de que el Sumo Sacerdote está esperando las oraciones de aquellos hombres y mujeres llenos de fe.

Pero hace aún mucho más: acompaña a la oración en cada uno de sus pasos. ¿Cómo? Cuando se presentan las peticiones ante Dios, es la fe que hace que lo que se pide se convierta automáticamente en algo ya alcanzado u obtenido. La misma vida espiritual a la cual el creyente es guiado por medio de la oración, no es ni más ni menos que una vida de fe; es decir, la característica prominente de la experiencia a la cual los creyentes son traídos por medio de la oración, que no es la de una vida de obras, sino la de una vida de fe.

La fe fortalece a la oración, y da la paciencia necesaria para esperar en Dios. Además afirma que Dios es galardonador de aquellos que le buscan. Es una de las verdades más claramente revelada en las Escrituras, y pocas promesas resultan tan alentadoras.

Pero la fe está limitada a una cosa en particular: no cree que Dios recompensará a cualquiera, ni siquiera a esos que oran, sino a los que buscan al Señor diligentemente. Pues se apoya en el celo santo de la oración, y da seguridad y aliento a los que buscan a Dios con diligencia, los cuales son recompensados ricamente en sus oraciones:

“Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor” (Stg. 1:5-7).

Necesitamos recordar siempre que la fe es la condición inseparable para la oración victoriosa. Hay algunas otras consideraciones que están involucradas en el ejercicio de la oración –y que ya hemos estudiado–, pero la fe

La oración no es un deber aislado, ni un principio independiente. Vive en asociación con los otros deberes cristianos; está ligada a otros principios y es compañera de las otras gracias. Pero con respecto a la fe, la oración es inseparable. La fe le da colorido y tono, moldea su carácter y asegura sus resultados.

La oración es la final, la condición verdaderamente indispensable para la verdadera oración:
 no es un deber "Sin fe es imposible agradar a Dios..." (He. 11:6).
 aislado, La oración no es un deber aislado, ni un principio
 ni un independiente. Vive en asociación con los otros deberes
 principio cristianos; está ligada a otros principios y es compañera
 independiente. de las otras gracias. Pero con respecto a la fe, la oración
 es inseparable. La fe le da colorido y tono, moldea su
 carácter y asegura sus resultados.

3

Oración y confianza

Cierta noche, salía de mi oficina en Nueva York, con un viento fuerte y helado que me golpeaba en la cara; tenía conmigo una gruesa bufanda, pero cuando la busqué para protegerme contra la tormenta, ya no la tenía. Me di la vuelta y miré hacia el suelo, buscando a lo largo de las calles que había recorrido, pero todo fue en vano. Entonces me di cuenta de que sin duda se me habría caído, y oré a Dios para que pudiera encontrarla, pues el tiempo era tan malo que corría el riesgo de enfermarme si no iba bien abrigado. Miré de nuevo por las calles pero no la hallé. De pronto, vi a un hombre al otro lado de la acera que sostenía algo entre sus manos. Crucé y le pregunté si ésa no sería mi bufanda. Me la entregó al tiempo que me decía que había llegado a sus manos traída por el viento. Aquel que rige la tormenta había usado al viento como un medio para contestar mi oración...

WILLIAM HORST

La confianza
 es la fe en
 su grado más
 absoluto y
 consumado
 y su pleno
 florecimiento:
 es la creencia
 firme e
 inamovible;
 un acto
 consciente,
 un hecho del
 cual los
 creyentes
 estamos
 plenamente
 sensibles.

La confianza es la fe en su grado más absoluto y consumado y su pleno florecimiento: es la creencia firme e inamovible; un acto consciente, un hecho del cual los creyentes estamos plenamente sensibles. De acuerdo al concepto escritural, la confianza es también el ojo y el oído del alma renovada, el sentimiento, el gusto y el sentir espiritual.

¡Qué luminosa, consciente, poderosa y, sobre todo, qué escritural es esa confianza! Qué diferente a las supuestas formas de creer de hoy día; tan frías, débiles y áridas, que no nos traen la conciencia de su presencia, ni tampoco el gozo inefable y lleno de gloria que se deriva de su ejercicio: toda la transacción tiene lugar en el reino del "quizás" o el "tal vez".

Pero, en cambio, la confianza se vive y se siente, al igual que la vida misma. Una vida de la cual no se tiene conciencia ni sentido es una contradicción, y una confianza que no se puede sentir ni apreciar es un engaño. La confianza es todo sentimiento, y opera únicamente por amor.

A menudo la fe es demasiado débil para obtener inmediatamente las cosas de Dios, de manera que debe esperar en obediencia hasta que crezca en fortaleza y sea capaz de traer lo eterno al terreno del tiempo y la experiencia. Al llegar a este punto, la confianza pone en juego todas sus fuerzas y, en la lucha, se apodera de todo aquello que Dios ha hecho de su sabiduría eterna y plenitud de gracia.

Esta confianza de la cual estamos hablando es una convicción. ¿Podrá acaso existir una convicción sin ser sentida? ¡Qué absurdo!

La confianza ve a Dios obrando aquí y ahora. Elevando su mirada hacia lo eterno y lo invisible, se da cuenta de que el Creador ha hecho grandes cosas. La confianza trae la eternidad dentro de los anales de los sucesos y el tiempo, transmuta la sustancia de la esperanza en la realidad y cambia la promesa en posesión presente. Sabemos cuando estamos confiando, al igual que cuando estamos viendo con nuestros ojos o cuando estamos palpando con nuestro tacto; porque la confianza ve, recibe, retiene.

Ocorre además que a menudo la fe es demasiado débil para obtener inmediatamente las cosas de Dios, de manera que debe esperar en obediencia hasta que crezca en fortaleza y sea capaz de traer lo eterno al terreno del tiempo y la experiencia. Al llegar a este punto, la confianza pone en juego todas sus fuerzas y, en la lucha, se apodera de todo aquello que Dios ha hecho de su sabiduría eterna y plenitud de gracia.

Y cuando se trata de esperar en oración, la fe se eleva a su plano más alto y se torna en un verdadero don de Dios. Es la bendita disposición y expresión del alma que está asegurada por una constante relación con lo Alto.

Al igual que la oración, la confianza crece rápida y ricamente en la cámara de la oración. Su desarrollo es rápido y efectivo cuando se mantiene el ejercicio constante; éste le aporta vigor, así como la presencia del sol hace florecer y fructificar la vegetación.

No obstante, en primer lugar, no es tanto confianza en la Palabra o las promesas de Dios, sino en el mismo Dador; puesto que la confianza en la Persona de Dios debe preceder a la confianza en su Palabra:

“Creéis en Dios, creed también en Mí” (Jn. 14:1).

Esta es la demanda que nuestro Señor hizo en cuanto a la confianza personal de sus discípulos. Fue también la gran verdad que el Señor quiso hacer entender a Marta, cuando su hermano estaba muerto en aquel hogar de Betania y ella afirmó entonces su fe en el hecho de la resurrección de su hermano:

“Marta le dijo: *Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero*” (Jn. 11:24).

Pero el Señor elevó su verdad por encima del hecho de la resurrección, hasta su propia Persona, diciéndole:

“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Le dijo: *Sí, Señor; yo he creído que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo*” (Jn. 11:25-27).

Es decir, la Persona de Jesucristo debe ser el centro, el ojo de la confianza; no en un hecho histórico o en un simple registro o en algo muy pasivo, sino en una Persona, cobrando vivencia y vitalidad.

Empero la confianza que inspira nuestra oración no debe ser sólo en la Persona de Dios y de Cristo, sino también en su capacidad y voluntad de garantizar aquello por lo que se ora. Nuestro Señor consideró este aspecto como condición indispensable para la oración efectiva, y enseñó que la misma no proviene de la mente, sino del corazón. Una confianza tal tiene la seguridad divina de que será honrada con respuestas completas y definidas.

¿Creemos sin dar lugar a las dudas? ¿Creemos que no sólo recibiremos lo que pedimos para un día futuro, sino que esa petición puede considerarse ya como recibida? Ésta es la enseñanza de las Sagradas Escrituras. ¡Cuánto necesitamos orar «Señor, auméntanos la fe», hasta que la duda se haya desvanecido y la confianza implícita reclame la bendición prometida como su más cara pertenencia! Lo cual se alcanza únicamente después de muchos fracasos, oración, espera y pruebas de fe...

La lamentable falta de confianza y el fracaso resultante de los discípulos se hace evidente en el caso de aquel hombre que trajo a su hijo lunático mientras el Señor estaba en el *monte de la transfiguración*. Este chico, gravemente enfermo y afligido por un demonio, fue traído por su padre a nueve de los discípulos para que le librasen de su mal. Ellos habían sido comisionados para hacer esta clase de trabajo; era parte de su misión. Trataron éstos de echar fuera el demonio, pero no lo lograron; el diablo era demasiado poderoso para ellos... Y se sintieron avergonzados y humillados ante este triunfo del enemigo.

En medio del incidente y de la confusión, el Señor se acercó, y fue informado acerca de las circunstancias.

He aquí sus palabras:

La Persona de Jesucristo debe ser el centro, el ojo de la confianza; no en un hecho histórico o en un simple registro o en algo muy pasivo, sino en una Persona, cobrando vivencia y vitalidad.

En sus tratos con las diferentes personas, el Maestro no dio largas disertaciones teológicas o análisis sobre la confianza. Él sabía que los hombres verían lo que era la fe mediante lo que ella misma era capaz de obrar. Era el producto de su labor, su poder y su Persona.

"¡Oh, generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédme acá. Y reprendió Jesús al demonio, el cual salió del muchacho, y éste quedó sano desde aquella hora. Vi- niendo entonces los discípulos a Jesús, aparte, dijeron: ¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera?. Jesús les dijo: Por vuestra poca fe; porque de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: 'Pásate de aquí allá'; y se pasará. Y nada os será imposible. Pero este género no sale si no es con oración y ayuno" (Mt. 17:17-21).

¿Dónde radicaba el problema en el caso de estos hombres? Habían sido inconsecuentes en cultivar su fe por medio de la oración y, como consecuencia, su confianza les falló en el momento más apremiante. No habían puesto su confianza en Dios, ni en su misión, ni en ellos mismos. Así sucede en la Iglesia de Cristo. El fracaso viene como consecuencia de la falta de confianza, o de una debilidad de fe, lo cual, a su vez, se origina en la ausencia de una vida de oración consistente.

Muchos fracasos en los esfuerzos de hacer surgir un avivamiento pueden atribuirse a la misma causa. La fe no ha sido nutrida por medio de la oración. Estar mucho tiempo de rodillas con nuestro Dios es la única seguridad de que contaremos con su poder en nuestras luchas personales o en nuestros esfuerzos para llevar a los pecadores a la Luz.

En sus tratos con las diferentes personas, el Maestro no dio largas disertaciones teológicas o análisis sobre la confianza. Él sabía que los hombres verían lo que era la fe mediante lo que ella misma era capaz de obrar. Era el producto de su labor, su poder y su Persona. La confianza es algo muy espléndido para encerrarla en una simple definición verbal, y demasiado espontánea y sincera para resumirla en términos teológicos. Esa misma sencillez y simplicidad es la que asombra a mucha gente que espera alguna cosa grandiosa o espectacular.

Así, por ejemplo, cuando trajeron a Jairo la nefasta noticia de la muerte de su hija, nuestro Señor dijo:

"No temas, cree solamente" (Mr. 5:36; Lc. 8:50).

A la mujer que estaba enferma durante tantos años con flujo de sangre y que vino temblando y se postró ante Él, le dirigió estas palabras:

"Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado" (Lc. 8:48).

Y la mujer fue salva desde aquella hora.

O cuando aquellos dos ciegos le siguieron dando voces diciendo: *"¡Ten misericordia de nosotros, Hijo de David!", Él les respondió:*

"Conforme a vuestra fe os sea hecho. Y los ojos de ellos fueron abiertos" (Mt. 9:29 y 30).

Asimismo, cuando el paralítico fue bajado a través del techo de aquella casa en la que el Señor Jesús estaba impartiendo sus enseñanzas, la Escritura registra estos acontecimientos:

"Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la Tierra para perdonar pecados. A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa" (Lc. 5:24).

También, cuando el Señor despidió al centurión cuyo siervo estaba gravemente enfermo, y que había venido a Él solicitándole que pronunciara la Palabra sanadora sin siquiera ir a su casa, Él dijo lo siguiente:

"Ve, y como creíste te sea hecho. Y su criado fue sanado en aquella misma hora" (Mt. 8:13).

Igualmente, cuando el pobre leproso cayó a los pies de Jesús, exclamando: *"Señor, si quieres, puedes limpiarme"*, y el Señor Jesús le respondió:

"Quiero, sé limpio. Y al instante su lepra desapareció" (Mt. 8:3).

Y a la mujer sirofenicia que vino a Jesús con el caso de su niña endemoniada, rogándole que echase al demonio de su hija, le respondió:

"Por esta Palabra ve; el demonio ha salido de tu hija. Y cuando llegó ella a su casa, halló que el demonio había salido, y a la hija acostada en la cama" (Mr. 7:29, 30).

De igual modo, el ciego Bartimeo, sentado en la calzada, oyó que nuestro Señor pasaba por allí, y gritó casi con desesperación: *"¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!"* Los tiernos oídos del Maestro captaron inmediatamente el sonido de la oración, y respondió así al mendigo:

"Vete, tu fe te ha salvado. Y en seguida recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino" (Mr. 10:52).

Y a aquella mujer que lloraba, lavando sus pies con sus lágrimas, y enjugándolos con sus cabellos, el Señor la confortó con estas palabras:

"Tus pecados te son perdonados" (Lc. 7:48).

Cierto día, el Señor Jesús sanó a diez leprosos a la vez, en respuesta a su oración unida: *"¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!"* Y les dijo:

Nuestro Señor coloca la confianza como la piedra angular y la base de la oración. Es más, toda la obra y el ministerio de Cristo fue dependiente de una confianza implícita en su Padre. El centro de la confianza es, pues, Dios.

Es un poco difícil distinguir las actividades específicas de estas dos cualidades; la fe y la confianza. Pero hay un punto en el cual la fe es aliviada de su carga, por así decirlo; y que es precisamente donde la confianza entra en acción y nos dice: "Tú has hecho tu parte, el resto es mío".

"Id, mostraos a los sacerdotes. Y aconteció que mientras iban, fueron limpiados" (Lc. 17:14).

Finalmente, volviendo al caso del hijo endemoniado, después de que los discípulos hubieran fracasado en echar fuera al demonio del hijo de aquel noble, su padre vino a Jesús con la siguiente súplica:

"... pero si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos" (Mr. 9:22).

Jesús le dijo:

"Si puedes creer, al que cree todo le es posible" (Mr. 9:23).

Y es que nuestro Señor coloca la confianza como la piedra angular y la base de la oración. Es más, toda la obra y el ministerio de Cristo fue dependiente de una confianza implícita en su Padre. El centro de la confianza es, pues, Dios. No es meramente la creencia en que Dios puede bendecir, o que bendecirá, sino en que ya ha bendecido, aquí y ahora.

Tales registros bíblicos del ejercicio y recompensa de la fe nos hacen ver que, prácticamente en cada caso, la fe ha sido mezclada con la confianza, hasta casi poder afirmar que la primera fue absorbida por la última. Es un poco difícil distinguir las actividades específicas de estas dos cualidades; la fe y la confianza. Pero hay un punto en el cual la fe es aliviada de su carga, por así decirlo; y que es precisamente donde la confianza entra en acción y nos dice: "Tú has hecho tu parte, el resto es mío".

Cuando un creyente en Cristo tiene una fe de tan magníficas proporciones, está dentro del mismo corazón de una confianza implícita e invencible. Ha alcanzado realmente el cenit de la fe, el cual yace en una confianza inalterable, firme e inalienable en el poder del Dios viviente.

4

La oración, la alabanza y la súplica

El descuido de la oración es un gran obstáculo a la santidad: "No tenéis, porque no pedís". ¡Oh, cuán dulce y suave, cuán humilde, cuán lleno de amor para con Dios y los hombres, podrías haber sido con sólo habérselo pedido! Si hubieras continuado orando... Pide, que te sea posible experimentar y practicar de modo perfecto toda la religión que Jesús describió de modo tan hermoso en el Sermón del Monte.

JOHN WESLEY

Pablo nos manda al aposento para la hora quieta. Allí, Él nos encuentra, y allí también su mano nos bendice, nos libra y nos ayuda. Éste es el lugar donde la presencia y el poder de Dios son realizados más plenamente que en cualquier otro...

Y es que nada es demasiado grande para que no pueda hacerse cargo de ello la oración. Nada es demasiado pequeño para que no pertenezca a los secretos consejos del aposento quieto. El que tiene los cabellos de nuestra cabeza contados, y que no deja de notar a unos gorriones que picotean por el suelo, no es tan grande o elevado que no pueda notar todo lo que se refiere a la felicidad, las necesidades y la seguridad de sus hijos:

"¡Oh, qué amigo nos es Cristo!

Él llevó nuestro dolor

y nos manda que llevemos todo a Dios en oración.

¿Está el hombre desprovisto de paz, gozo y santo amor?

Esto es porque no llevamos todo a Dios en oración.

¿Estás débil y cargado de cuidados y temor?

A Jesús, refugio eterno, muéstraselo en oración.

¿Te desprecian tus amigos?

Muéstraselo en oración;

Nada es demasiado grande para que no pueda hacerse cargo de ello la oración. Nada es demasiado pequeño para que no pertenezca a los secretos consejos del aposento quieto.

La súplica y la alabanza, o acción de gracias, aparecen unidas a la oración.

en sus brazos de amor tierno paz tendrá tu corazón". "... haciendo conocidas vuestras peticiones delante de Dios", dice Pablo. Con esta declaración, el apóstol cubre todos los departamentos de los acontecimientos posibles para el hombre, sus condiciones y posibilidades; y añade:

"... en todo, mediante oración y ruego, con acción de gracias" (Fil. 4:6).

Así, la súplica y la alabanza, o acción de gracias, aparecen unidas a la oración. No es la dignidad y pompa de la forma del culto lo hermoso del ceremonial, lo magnífico del ritual, ni aun la simplicidad de los sacramentos lo que tiene valor. No es tampoco que el alma se humille ante Dios, ni la reverencia temerosa que nos deja sin palabras lo que beneficia al alma en este servicio de la oración, sino la intensidad de la súplica, el mirar y elevar el alma a Dios en lo ardiente del ruego por lo que deseamos y por lo que hacemos la petición.

Debe haber, asimismo, la gratitud expresada en alabanza. Esto no consiste únicamente —y como ya hemos visto en apartados anteriores— en la poesía de alabanza, ni en la profundidad de la voz, ni es una unción de la prosa; tiene que haber gracias que broten espontáneas del corazón que recuerda el pasado y ve a Dios en Él, mientras la voz proclama este sincero reconocimiento. Lo profundo de nuestro corazón debe expresarse exteriormente... La música del alma debe aflorar a los labios. Pues el corazón está iluminado por la presencia de Dios, entusiasmado por Dios, guiado por su mano. Sí, el alma debe participar en ambos ejercicios espirituales...

"Haced conocidas vuestras peticiones delante de Dios" (Fil. 4:6).

Esto es, las peticiones deben ser expresadas. El silencio no es oración. Y la oración es pedir a Dios algo que no tenemos y que deseamos y que Él nos ha prometido. Es verdaderamente una petición verbal. Las palabras son, pues, la forma externa de la oración. Los deseos son puestos en palabras. El que ora, suplica, usa argumentos, presenta promesas y expone necesidades.

Sí, hay oración en voz alta. El salmista dice:

"Tarde y mañana y al mediodía oraré, clamaré en voz alta" (Sal. 55:17).

A saber, el salmista está mendigando, oprimido y aturdido, ante Dios en súplica y acción de gracias. Todo esto es el incienso y el homenaje del alma a Dios. Repetimos, las peticiones hay que presentarlas ante Dios. Es entonces que desaparece la ansiedad y el cuidado, y el alma recibe la paz; la paz de Dios, que penetra en el corazón, "una paz que sobrepuja el entendimiento humano" (Fil. 4:7).

"Dejé todas mis cuitas a Jesús, que clavó mis pecados en la cruz el magnífico día que por fe en la cruz, por salvarme, le miré. Él la carga terrible de mis hombros quitó, y su voz apacible mi dolor disipó. Dejé todas mis cuitas al Señor porque quita a las penas su amargor y las lágrimas seca del mortal con su tierna sonrisa celestial. El desierto miramos que se torna vergel cuando peregrinamos apoyados en Él".

En Santiago hallamos otra maravillosa descripción de la oración y de sus posibilidades. Tiene que ver con la enfermedad y la salud, el pecado y el perdón, la lluvia y la sequía. Leamos estas instrucciones:

"¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración. ¿Está alguno alegre? Cante alabanzas. ¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia y oren sobre él, ungiéndole con aceite en el Nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si ha cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos vuestras faltas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo tiene mucha fuerza. Elías era hombre de sentimientos semejantes a los nuestros, y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses. Y otra vez oró, y el Cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto" (Stg. 5:13-17).

Aquí hay oración para las necesidades propias e intercesión para otros; hay oración para necesidades físicas y oración para necesidades espirituales, plegarias para lluvia y plegarias para la sequía; plegarias para cosas temporales y para cosas espirituales. ¡Cuán maravillosas son todas estas posibilidades! La oración es capaz de paralizar la naturaleza; deteniendo con la mano las nubes y

Es la intensidad de la súplica, el mirar y elevar el alma a Dios en lo ardiente del ruego por lo que deseamos y por lo que hacemos la petición. Debe haber la gratitud expresada en alabanza; tiene que haber gracias que broten espontáneas del corazón que recuerda el pasado y ve a Dios en Él, mientras la voz proclama este sincero reconocimiento. Lo profundo de nuestro corazón debe expresarse exteriormente... La música del alma debe aflorar a los labios.

No hay distinción entre lo temporal y lo espiritual. Esta distinción es contraria a la fe, la sabiduría y la reverencia. Dios lo gobierna todo en la naturaleza y en la gracia.

el rocío, y puede hacer que las nubes viertan torrentes de agua. La oración hace fértil la tierra sedienta que puede así producir su fruto en sazón. Es también el camino para obtener el perdón de los pecados.

La afirmación de que "la oración eficaz del justo tiene mucha fuerza" nos hace evidente que hay mucha energía encerrada dentro de la oración; poder latente que es puesto en marcha por la fuerza de la oración del justo. Por ella, se articulan los beneficios maravillosos que Dios tiene preparados para la salud y la regulación de los bienes naturales. Las posibilidades de Dios son, en definitiva, el tope de lo que el hombre puede conseguir por medio de la oración. ¿Acaso nuestros corazones no tiemblan de gratitud al contemplar tantas posibilidades?

"Recuerda que es a un Rey que te acercas, trae, pues, peticiones dignas de su alto trono; su gracia, su potencia puedes poner a prueba: nunca lo que tú pidas, se hallará más allá del poder de su mano".

No vale, pues, la oración a medias o desmayada, nada de resumir ni dejar caer la intensidad de la oración, si queremos ser librados de la ansiedad que causa tensión y crisis internas, y queremos recibir el fruto pleno de esta paz que sobrepasa todo entendimiento. El que ora debe hacerlo con toda su alma, poniendo en juego todos los atributos espirituales.

De la misma manera que se nos dice que le llevemos todo a la atención del Todopoderoso en oración, se nos asegura también que Él cuidará de ello.

No hay distinción entre lo temporal y lo espiritual. Esta distinción es contraria a la fe, la sabiduría y la reverencia. Dios lo gobierna todo en la naturaleza y en la gracia. El hombre es afectado por el tiempo y por la eternidad, por lo de este siglo y por lo del venidero. La salvación del hombre está relacionada con sus negocios como con sus oraciones. Los negocios del hombre dependen de sus oraciones, lo mismo que de su diligencia.

De lo contrario, la peor dificultad para la piedad, la más astuta y mortal de las tentaciones del diablo se halla en los negocios y las cosas de este mundo. Los cuidados más pesados y que más nos aturden se hallan en los asuntos temporales. De modo que todo lo que nos afecta, todo lo que necesitamos, todo lo que no llega a pesar de que

lo esperamos, tenemos que ponerlo bajo el cuidado de la oración. Pues bendice todas las cosas, alivia y evita los problemas; porque la oración tiene en sí la posibilidad de afectar todo lo que nos afecta a nosotros. Aquí se ven las vastas posibilidades de la oración...

¡Cuán endulzada es por la oración la amargura de la vida! ¡Cuán corroborado es por ella el débil! La enfermedad huye ante la oración y se recobra la salud. Las dudas, penas, miedos, todo ello se retira ante la oración. La prudencia, el conocimiento, la santidad y el Cielo, todos esperan sumisos las órdenes de la oración. No hay nada fuera de su alcance. Tiene el poder de ganar todas las cosas en la provisión de nuestro Señor Jesucristo.

La prudencia, el conocimiento, la santidad y el Cielo, todos esperan sumisos las órdenes de la oración. No hay nada fuera de su alcance. Tiene el poder de ganar todas las cosas en la provisión de nuestro Señor Jesucristo.

5

Oración y deseo

El deseo no es simplemente lo que se quiere, sino un anhelo intenso por conseguir algo. En el área de los asuntos espirituales, es un coayudante vital de la oración. Se podría decir que prácticamente es algo esencial en la constitución y cuerpo de aquella. El deseo precede a la oración, la acompaña y es seguido por ella. A su vez, la oración es la expresión verbal del deseo.

Sé que algunos se burlarán de mí y me dirán que no me complique la mente con filosofía y teología. Pero la verdad de Dios arde en mí de tal manera, que tomo mi pluma y no tengo otro camino que escribir lo que he visto.

JACOB BEHEMEN

El deseo no es simplemente lo que se quiere, sino un anhelo intenso por conseguir algo. En el área de los asuntos espirituales, es un coayudante vital de la oración. Se podría decir que prácticamente es algo esencial en la constitución y cuerpo de aquella. El deseo precede a la oración, la acompaña y es seguido por ella. A su vez, la oración es la expresión verbal del deseo.

Si orar es pedir a Dios algo, entonces la oración ha de ser expresada; se hace manifiesta, mientras que el deseo es silencioso. La oración es oída; el deseo, no. Cuanto más profundo es el deseo, más fuerte será la oración. Por el contrario, sin un deseo auténtico, la oración es un sinnúmero de palabras que carecen de significado verdadero. Esa oración protocolar y formal, que no proviene del corazón y de los sentimientos, debe desecharse de la vida de todo hijo de Dios, puesto que su ejercicio es una pérdida de tiempo y de ella no se recibe ningún beneficio.

Pero aun cuando descubramos que no existe un auténtico deseo, debemos de orar igualmente. La Palabra de Dios lo ordena, y nuestro propio juicio y conciencia nos dicen que debemos orar, ya sea que nos sintamos con ganas o no. No hemos de permitir que nuestros sentimientos modifiquen nuestro hábito sagrado de la oración. En tales circunstancias, deberíamos "orar" para tener deseos de "orar", pues el tal es dado por Dios. Entonces, una vez que el Señor nos haya concedido el deseo de orar, hemos de hacerlo de acuerdo a los dictados de ese mismo deseo.

La ausencia de deseo espiritual debería preocuparnos y entristecernos, y nuestra actitud tendría que ser la de procurar su restauración, de manera que la oración se

convirtiera en una auténtica manifestación de los anhelos del corazón.

El sentido de verdadera necesidad crea en el alma un potente deseo. Cuanto más fuerte es el deseo, más ferviente será la oración. Ésta es la razón por la que los "pobres en espíritu" son eminentemente competentes para orar.

El hambre es una sensación activa de una necesidad física. Provoca el deseo de comer. De igual manera la conciencia interior de una necesidad espiritual crea o levanta el deseo, y el deseo irrumpe en oración.

Pero, ¿qué es el deseo? Un fuerte anhelo interior por algo que no poseemos, pero que somos conscientes de su necesidad para nosotros; algo que Dios ha prometido, y que puede ser asegurado por una ferviente oración ante el trono de su gracia.

Y llevado a un plano más elevado, es la evidencia del nuevo nacimiento, pues surge solamente de aquella alma que ha sido renovada:

"Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación" (1 P. 2:2).

Así, la ausencia de este santo deseo en el corazón es una prueba del declive del alma desde las cimas espirituales, o bien de que el nuevo nacimiento en realidad no ha tenido lugar:

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados" (Mt. 5:6).

Estos santos con apetito de justicia son la prueba de un corazón renovado; la evidencia de una vida espiritual que vive y se desarrolla, eterna. Igual que los apetitos físicos son los atributos de un cuerpo viviente, no de un cadáver...

Y a medida que el alma renovada tiene hambre y sed de justicia, este santo deseo interior se manifiesta en una oración auténtica y ferviente.

Más aún, en la oración, nos basamos en el Nombre, méritos y obra intercesora del Señor Jesucristo, nuestro gran Sumo Sacerdote. Pero, llegando a las raíces de la oración, y analizando las condiciones y fuerzas que la acompañan, descubrimos sus bases vitales, las cuales están asentadas en el corazón humano. No se trata simplemente de nuestra necesidad: es el clamor del corazón por aquello que necesitamos, y por lo cual nos sentimos

El sentido de verdadera necesidad crea en el alma un potente deseo. Cuanto más fuerte es el deseo, más ferviente será la oración. Ésta es la razón por la que los "pobres en espíritu" son eminentemente competentes para orar.

Nuestros corazones necesitan de la obra y el ministerio del Espíritu Santo, no sólo para quitar lo malo que hay en ellos, sino también para poner lo bueno en su interior. Y podemos afirmar que en el mismo fundamento e inspiración de lo que es bueno yace el deseo auténtico del alma por los tesoros espirituales.

impelidos a orar. El deseo es la voluntad en acción; un anhelo consciente y fuerte que nace de la naturaleza interior. Exalta el objeto de su anhelo y fija nuestra mente en él. Por lo tanto, la oración que se eleva se convierte en una petición o súplica definida y específica. Conoce cuál es la necesidad, sabe qué es lo que puede suplirla y se pone en acción hasta apoderarse de ella.

Por ello, el deseo santo es favorecido y fomentado por una devota contemplación y adoración. La meditación sobre nuestra necesidad espiritual y la capacidad y voluntad de Dios en suplirla, incentiva el deseo por un sano crecimiento en el Espíritu. No obstante, resulta difícil evaluar la intensidad de nuestros deseos según el barómetro de la oración; ya que los fracasos se evidencian mucho más en nuestros deseos, que en la expresión externa que damos a la oración. Mantenemos la forma, mientras que la vida interior desmaya y llega casi al borde de la extinción.

Definitivamente, nuestros corazones necesitan de la obra y el ministerio del Espíritu Santo, no sólo para quitar lo malo que hay en ellos, sino también para poner lo bueno en su interior. Y podemos afirmar que en el mismo fundamento e inspiración de lo que es bueno yace el deseo auténtico del alma por los tesoros espirituales. Esta llama divina del alma despierta el interés de los Cielos, atrae la atención de Dios y pone las riquezas de la gracia divina a disposición de los que no permiten que el fuego santo se extinga en sus corazones.

El debilitamiento de estos santos deseos en el corazón del creyente constituye uno de los peligros más agresivos para la vida de la Iglesia. Dios requiere el testimonio de una Iglesia llena de poder y fervor, y si los creyentes aquí en la Tierra no reúnen estas condiciones, no pueden ser dignos embajadores de su Señor en los Cielos. Dios mismo es fuego consumidor. Los intereses eternos de todo aquel que ha nacido de nuevo constituyen el celo santo indispensable en la vida de cada auténtico hijo de Dios.

Jesús fue la antítesis de la excitabilidad nerviosa, lo absolutamente opuesto a la intolerancia y la queja, pero aun así el celo de la casa de Dios le consumía y todavía hoy el mundo puede sentir la llama y el resplandor de su valor y "fuego consumidor".

Repetimos, la falta de entusiasmo en la oración es un signo evidente de falta de profundidad e intensidad en los

deseos espirituales, y la ausencia de ellos es a su vez un signo de ausencia de Dios en dicho corazón. Dejar apagar el fervor equivale a apartarse de Dios. Él puede tolerar muchas cosas en la vida de sus hijos, ciertamente llena de errores y defectos; Él perdonará el pecado cuando su hijo o hija oren arrepentidos... Pero hay dos cosas que son intolerables ante su presencia: la falta de sinceridad y la tibieza.

Podríamos preguntarnos si la debilidad de nuestros deseos por Dios, por el Espíritu Santo y por toda la plenitud de Cristo no podría ser la causa de nuestra escasa oración y nuestro interrumpido e irregular ejercicio de la misma. ¿Estamos deseando ir en pos de estos tesoros celestiales? La realidad nos dice que la llama del corazón ha sido menguada por una tibieza espiritual que acosa a la Iglesia de Cristo en nuestros días. De igual manera, debemos recordar que ésta era la triste condición de los cristianos de Laodicea, a la cual el Espíritu dirige estas palabras:

"Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: *Yo soy rico y me he enriquecido y de ninguna cosa tengo necesidad*. Y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo" (Ap. 3:16 y 17).

Como renacidos espiritualmente, cuidémonos de no caer en semejantes pecados. Los principios religiosos que no tienen origen en un fervor sincero de corazón, tampoco tienen ni fuerza ni efecto. La llama del fervor es el ala por la cual se eleva la fe. Es la «oración eficaz del justo la que puede mucho» (Stg. 5:16).

La oración debe, pues, ser inflamada: la vida y el carácter cristiano lo necesitan; sobre todo, porque la falta de calor espiritual crea más infidelidad que la misma falta de fe. El no ser envuelto y consumido por las cosas «de arriba» es no interesarse por ellas en absoluto.

En estos días de actitudes tan frías con respecto a todo lo que es espiritual, nada si no un santo celo y fervor podrá mantener el brillo de los Cielos en nuestros corazones. Los primeros metodistas no tenían sistemas de calefacción en sus iglesias. Ellos decían que la llama en los bancos y el fuego en el púlpito debería ser más que suficiente para mantenerles en calor. Nosotros, en esta era, tenemos necesidad de tener el carbón viviente del altar de Dios y la llama consumidora de los Cielos fulgurando en nuestros

La falta de calor espiritual crea más infidelidad que la misma falta de fe.

Ni la erudición, ni la pureza de dicción, ni la elocuencia o la gracia personal pueden suplir la falta de este fuego interno. La oración asciende por medio de él. Las llamas le dan acceso al trono de la gracia cual si fueran alas. No puede haber incienso sin fuego, ni oración sin fervor.

corazones. Esta llama no es vehemencia mental ni tampoco energía de la carne; sino un fuego divino en el alma, la misma esencia del Espíritu...

Y ni la erudición, ni la pureza de dicción, ni la elocuencia o la gracia personal pueden suplir la falta de este fuego interno. La oración asciende por medio de él. Las llamas le dan acceso al trono de la gracia cual si fueran alas. No puede haber incienso sin fuego, ni oración sin fervor.

Y es que el deseo ardiente es la base para la oración constante y continua. No se trata de una débil y moderada inclinación, sino de un anhelo fortísimo, un ardor inextinguible que impregna, incendia y acondiciona el corazón. Es la llama de un principio presente y activo que fija su objetivo en la Persona de Dios. Y ofrece su incienso ante el Trono de la misericordia...

“¡Señor, no puedo dejarte hasta que no me bendigas; no vuelvas de mí tu rostro, porque es urgente mi caso”.

El secreto de la tibieza y desmayo del corazón, de la falta de oportunidad, de valor y fortaleza en la oración yace en la debilidad de nuestro deseo espiritual. Mientras que la falta de constancia en la oración es el origen de dicho debilitamiento. Esta clase de alma se ha apartado de Dios y sus deseos ya no van en pos de Él. No puede haber oración victoriosa sin un deseo consumidor.

¿Nos hemos preguntado acaso si nuestras oraciones están basadas en simple charlatanería o palabrería o si son auténticas súplicas elevadas al trono de Dios por medio de un corazón fervoroso y ardiente? El deseo es intenso pero estrecho, no puede expandirse sobre un área muy amplia. Anhela unas pocas cosas, y las desea tanto y con tal intensidad, que nada sino la voluntad de Dios para responder puede traer descanso y contentamiento. O sea, enfoca directo hacia su objetivo.

Pueden ser varias cosas las deseadas, pero son sentidas y expresadas en forma individual. David no suspiraba por todas las cosas, ni tampoco permitía que sus deseos se expandieran por cualquier parte sin tocar ningún punto definido en particular. He aquí la forma en que sus anhelos encontraron expresión:

“Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová y para inquirir en su templo” (Sal. 27:4).

Es precisamente el deseo expresado con exactitud lo que cuenta en la oración y hace descender de los Cielos la respuesta oportuna y necesaria. Y ésta, por consiguiente, es la base de toda oración que ha de recibir una respuesta adecuada. Ese deseo ferviente ha penetrado dentro del apetito espiritual y clama por ser satisfecho.

Concluimos: Dios está muy cerca del alma que sabe orar. Para verlo, conocerle y vivir con Él es necesario orar de una manera efectiva. Esta oración busca tener una revelación más clara, completa y rica de la Persona divina; de modo que para aquellos que oran de esta manera, la Biblia toma un nuevo significado por medio de la luz y revelación de este santo ejercicio espiritual. El requisito indispensable para toda oración genuina y eficaz es, finalmente, el deseo profundo que va en pos del mismo Dios y no descansa hasta que los más escogidos dones del Cielo son derramados en forma rica y abundante.

El requisito indispensable para toda oración genuina y eficaz es, finalmente, el deseo profundo que va en pos del mismo Dios y no descansa hasta que los más escogidos dones del Cielo son derramados en forma rica y abundante.

6

Oración y fervor

El proceso de la oración no radica sólo en expresar nuestros deseos ante Dios, sino en adquirir un espíritu ferviente y tratar de cultivarlo por todos los medios.

Santa Teresa se levantó de su lecho de muerte para terminar su trabajo. Inspeccionó cuidadosamente toda la casa a la cual fue llevada para pasar sus últimos días. Vio que todo estaba en su lugar, y luego asistió a las reuniones religiosas del día. Entonces, volvió a su cama, reunió a sus hijas a su alrededor... Y con una de las oraciones de David en sus labios, Teresa de Jesús fue a encontrarse con su amado Señor.

ALEXANDER WHITE, D.D.

El proceso de la oración no radica sólo en expresar nuestros deseos ante Dios, sino en adquirir un espíritu ferviente y tratar de cultivarlo por todos los medios.

La oración sin fervor no arriesga nada porque no tiene nada que arriesgar, viene con las manos vacías. Esas manos, además de vacías, nunca aprendieron la lección de apegarse y aferrarse a la Cruz.

La oración sin fervor no procede del corazón, es una cosa hueca, un vaso vacío. Los Cielos se abren para escuchar al hijo de Dios que ora poniendo su alma, corazón y hasta su vida misma en la súplica.

Nuestro Señor nos advierte seriamente en cuanto a la oración débil. Las Escrituras nos dicen que “los hombres deberían orar siempre y no desmayar” (Lc. 18:1). Esto significa que hemos de tener el suficiente fervor para mantenernos con conciencia viva y despierta durante los largos períodos de oración. El fuego hace que uno esté alerta y vigilante. La atmósfera que nos rodea está demasiado sobrecargada con fuerzas que oponen resistencia como para que seamos lánguidos o fríos en nuestras oraciones. Para llegar hasta los mismos Cielos, donde mora Dios con sus santos en luz, es necesario orar con un espíritu ardiente cual incienso que se ofrece frente al altar.

Muchos de los grandes caracteres de la Biblia fueron ejemplos notables de un espíritu fervoroso en búsqueda de Dios:

“Como el ciervo anhela jadeante por las corrientes de las aguas, así clama por Ti, oh Dios, el alma mía” (Sal. 42:1).

¡Qué intensos deseos del corazón se esperan aquí!
¡Qué anhelos tan santos por la Palabra del Dios viviente!

Éstas son las palabras de un hombre que vivió en un estado de gracia que fue arraigado profundamente en su propia alma. Y el salmista nos da otra declaración de lo que Dios hizo por el rey cuando su corazón se volvió al Señor:

“El rey se alegra en tu poder, oh Jehová; y en tu salvación, ¡cómo se goza! Le has concedido el deseo de su corazón, y no le negaste la petición de sus labios” (Sal. 21:1 y 2).

En otra oportunidad, se expresa así delante de Dios: “Señor, delante de ti están todos mis deseos, y mi suspiro no te es oculto” (Sal. 38:9).

¡Qué pensamiento tan gozoso! Nuestros gemidos internos, nuestros deseos secretos, los anhelos del corazón no están escondidos de los ojos de Aquel con quien tenemos que tratar en la oración.

El incentivo para un espíritu fervoroso delante del Señor es precisamente el mismo que se necesita para una oración continua y persistente. Si bien el fervor en sí no es oración, al emerger de un alma que busca a Dios, se hace muy precioso ante su Presencia. El fervor en la oración es el precursor de lo que Dios hará por medio de su respuesta. El nos dará el deseo de nuestro corazón en proporción al fervor de espíritu que tengamos cuando busquemos su rostro.

Dicho fervor tiene su asiento en el corazón, no en el cerebro ni en las facultades intelectuales de la mente. Por lo tanto, no es una expresión del intelecto. Es mucho más que un sentimiento poético o sublime; es el mismo palpar de nuestra naturaleza emocional.

Crear el fervor de espíritu a nivel de nuestra voluntad no depende de nosotros, pero sí podemos orar a Dios para que nos lo implante. Nuestra parte es, pues, nutrirlo y guardarlo contra la extinción y prevenir su abatimiento o declinar. Con relación a este punto, dice Adoniram Judson Gordon:

“La auténtica oración requiere espíritus cargados con deseos genuinos y definidos. Un fervor lo suficientemente fuerte como para quitar el sueño, el cual inflama el espíritu y corta los lazos terrenales, pertenece a la oración que lucha y se afana por conseguir la bendición”.

Si bien el fervor en sí no es oración, al emerger de un alma que busca a Dios, se hace muy precioso ante su Presencia. El fervor en la oración es el precursor de lo que Dios hará por medio de su respuesta.

Las oraciones deben estar "al rojo vivo", pues sólo así serán eficaces y recibirán las bendiciones anheladas. El calor del alma crea una atmósfera muy favorable a la oración, y es por medio de la llama ardiente del fervor que la oración asciende al Cielo.

Además, los hombres que son fervientes en espíritu son inclinados a la justicia, verdad, gracia y todas las otras maravillosas características que deben señalar a un hijo de Dios.

Por boca de un valiente profeta, Dios declaró las siguientes palabras, dirigidas precisamente a un rey el cual en un tiempo había sido sincero y fervoroso, pero a quien la prosperidad material y el éxito habían hecho que su fe se viniera abajo:

"Porque los ojos de Jehová contemplan toda la Tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con Él. Locamente has hecho en esto; porque de aquí en adelante habrá más guerra contra ti" (2 Cr. 16:9).

Sí, Dios había oído la oración de Asa en sus primeros días, pero sobrevino el desastre y la turbación, porque éste abandonó la vida de oración y la fe genuina.

Pablo es un ejemplo notable de un hombre con un ferviente espíritu de oración. Sus peticiones eran ardientes, centradas sobre el objeto de su deseo y sobre Dios, quien era plenamente capaz de responderle.

En Romanos 15:30 tenemos la palabra "ayudadme" en el pedido que hace Pablo para que cooperen con él en oración.

Asimismo, en Colosenses 4:12 tenemos la misma palabra pero traducida diferente:

"Epafras (...) siempre rogando encarecidamente por vosotros en sus oraciones".

Esto es, Pablo encarga a los romanos que le ayuden, lo cual quiere decir que necesita ayuda para la auténtica lucha que implica el orar con fervor. La palabra original significa "entrar en una lucha", o "pelear contra verdaderos adversarios".

Podríamos decir que las oraciones deben estar "al rojo vivo", pues sólo así serán eficaces y recibirán las bendiciones anheladas. Así también, diremos que la frialdad de espíritu estorba la oración, pues ésta no puede vivir en una atmósfera de "invierno espiritual". El calor del alma crea una atmósfera muy favorable a la oración, y es por medio de la llama ardiente del fervor que la oración asciende al Cielo. Entonces, el Espíritu Santo viene como fuego para morar en nosotros, y somos bautizados con el Espíritu Santo y con fuego.

7

Importunidad, una característica de la verdadera oración

Encuentro que es muy bueno perseverar en nuestras oraciones. Si puedo orar con perseverancia y continuar en forma persistente en mis súplicas al Todopoderoso, he descubierto que cuanto más aumentan esos momentos en secreto con Dios, más deleite y bendición recibo a cambio, y disfruto verdaderamente del espíritu de esas oraciones. Pero cuando por mis actividades u otras cosas ceso de orar con perseverancia, los resultados son totalmente opuestos.

DAVID BRAINERD

El Señor Jesucristo presenta la importunidad como una característica destacable de la verdadera oración. No solamente debemos orar, sino que debemos orar con gran urgencia y repetición.¹

1. Quizás haya quienes se sientan tentados a oponer Mateo 6:5-8 a esta afirmación del autor basada en Lucas 11:2-4; pero no puede haber contradicción en las enseñanzas de nuestro Salvador, y ello queda eficazmente probado en el resto de la revelación divina, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, como lo está demostrando el autor.

Los mejores intérpretes de las enseñanzas del Señor son los propios apóstoles que vivieron más cerca de Él y escucharon no solamente sus enseñanzas, sino que presenciaron su ejemplo (Lc. 6:12). Jesús esta refiriéndose en Mateo 6 a la oración rutinaria de los fariseos que consistía en repetir mecánicamente trozos de los salmos y citas de los más afanosos rabinos, autores de su tradición, exactamente tal como están practicando todavía hoy los judíos, muchos católicos romanos y nosotros mismos cuando por comodidad nos limitamos en nuestras oraciones a repetir frases enclavadas en los recodos de nuestra memoria, sin que nuestro yo consciente participe activamente en dar un actual asentimiento a tales plegarias. El propio modelo de oración enseñada por el Señor ha sido y es objeto de tal abuso en la práctica del Rosario católico, y en muchas fórmulas rituales del protestantismo. Para evitar este peligro, sin descuidar tan precioso modelo de oración, es que algunos cristianos piadosos se han dedicado a repetirla en sus devociones, intercalando frases propias de asentimiento a cada una de las peticiones del Padrenuestro. De esta manera, han procurado hacer de la oración del Señor algo vivo y actual, evitando la monotonía e inconsciencia a que se prestan las mejores prácticas del culto ritualista.

Es necesario distinguir bien entre la oración muerta, fría, mecánica del actualismo que convierte en mérito muchas veces ostentoso la repe-

La importunidad consiste en la habilidad de asirse a las promesas de Dios, para esperar con un vivo y vehemente deseo, a la par que con reposada paciencia.

La oración en su forma más elevada asume la actitud de un luchador con Dios. Es la contienda, la prueba y la victoria de la fe; una victoria que no es obtenida de un enemigo, sino de Dios, quien prueba nuestra fe de modo que pueda aumentarla. Esto es lo que prueba nuestras fuerzas y nos hace más fuertes.

No debemos cansarnos de orar. Es necesario tener una profunda preocupación acerca de las cosas que pedimos, pues el Señor dejó bien claro el hecho de que el secreto de la oración, así como su éxito, radica en su carácter de urgencia, insistencia y apremio de nuestras oraciones delante de Dios.

En una parábola de exquisita simplicidad, nuestro Señor no enseñó solamente que los hombres deben orar, sino que deben orar con todo su corazón y presentar el asunto con vigorosa energía y valor:

"Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: *Hazme justicia de mi adversario*. Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: *Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia*. Y dijo el Señor: *Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la Tierra?*" (Lc. 18:2-8).

El caso de esta pobre mujer era ciertamente un caso sin esperanza, pero su importunidad trajo esperanza desde los reinos de la desesperación y creó el éxito aun donde no existían las condiciones para el mismo.

No podría haber un ejemplo más vehemente para mostrar cómo la importunidad gana su batalla cuando todo lo demás ha fallado. El prefacio a esta parábola dice:

"También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desmayar" (Lc. 18:1).

Jesús sabía que pronto los hombres se cansarían de orar y desmayarían de hacerlo. Así, para fortalecerlos y estimularlos en el uso de tal privilegio, nos dio esta figura del maravilloso poder de la importunidad. Ésta es la enseñanza del Señor Jesucristo...

ción mecánica de las mejores oraciones y la insistencia en la oración que se ve obligada a repetir las mismas frases como una expresión del fervoroso anhelo de quien lucha con Dios en oración, no para conmovir al todo sabio y soberano Señor, sino para poner a tono su propio anhelo con la voluntad divina y exclamar como Jacob:

"No te dejaré, si no me bendices" (Gn. 32:26).

Otra parábola dicha por nuestro Señor viene a reforzar la misma gran verdad... Un hombre va a medianoche a casa de su vecino a pedir pan. Sus ruegos son fuertes, están basados en la amistad y en el compromiso de la necesidad; pero todas estas cosas fallan. No consigue el pan, pero sigue allí y presiona sobre el mismo punto, y al final de la espera sale ganando (Lc. 11:5-8). La clara importunidad triunfa donde todos los demás ruegos e influencias han fallado...

El caso de la mujer sirofenicia es también una parábola en acción. Aquella mujer fue interceptada cuando quiso acercarse a Cristo. Él mismo la trató con aparente indiferencia, con la frialdad del silencio y una simulada despreocupación, bien intencionada. Pero ella se acercó y volvió a insistir. Y fue humillada hasta el colmo cuando se la comparó con un miserable perro. Aun así, ella lo aceptó todo, se sobrepuso a todo y ganó por medio de su humilde, impávida e invencible importunidad. Entonces, el Hijo de Dios, sorprendido y complacido por esta persistente importunidad, le dijo:

"Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres" (Hch. 15:28).

Detengámonos, no obstante, en los detalles...

El Señor había llegado a su país, no queriendo que nadie lo supiese. Pero esta mujer le salió al encuentro, interrumpió su privacidad, atrajo su atención y derramó ante Él una súplica urgente y plena de fe y fervor. Todo su corazón estaba volcado en aquella oración.

Al principio, el Señor pareció no prestar atención a su agonía, e ignoró su clamor. No pareció escucharla, ni le respondió palabra alguna. Pero ella no se volvió atrás, ni se descorazonó, sino que persistió en su propósito. Los discípulos, ofendidos ante este silencio, intercedieron por ella, pero fueron silenciados por la declaración del Señor, la cual decía que aquella mujer estaba totalmente fuera del alcance de su misión y su ministerio.

Pero ni el fracaso de los discípulos en su tentativa de intercesión pudo desanimarla, sino que, por el contrario, su clamor e insistencia aumentaron. Ella se acercó aún más al Maestro, cayendo a sus pies, adorándole y clamando por el caso desesperante de su hija: "¡Señor, socórreme!" Y este último clamor ganó el caso; su hija fue sana en aquella misma hora. Llena de fe y esperanza ella perma-

Los hombres de oración deben ser fuertes en esperanza, fe y oración. Deben saber cómo esperar e insistir; esperar en Dios e insistir en sus acercamientos a su santa presencia.

Nuestros
tiempos de
oración
importuna
hacen
marcas,
como los
diamantes,
en los lugares
más difíciles,
y dejan
huellas en
nuestro
carácter.
Son los
períodos
salientes de
nuestras
vidas.
Son las
piedras
memoriales
que
permanecen
para siempre.

neció junto al Maestro, insistiendo y orando hasta que recibió la respuesta. ¡Qué ejemplo de oración ferviente e importuna, bajo condiciones que hubieran descorazonado a muchos, menos a un alma heroica y constante como la de aquella mujer!

Sí, el mismo Señor Jesucristo se rindió ante la importunidad de una gran fe. Y es que Él pone la habilidad de importunar como uno de los principales elementos de la oración. La oración de la mujer sirofenicia fue, sin duda, una muestra del poder de la importunidad, de un conflicto real que involucra vital energía y perseverancia.

El Señor nos enseña en esta experiencia que la respuesta a la oración esta condicionada de acuerdo a la cantidad de fe que acompaña a la petición. Para probar esto, Él demoró su respuesta. La oración superficial se disuelve en el silencio y desaparece siempre que la respuesta se tarda. Pero el hombre de oración se mantiene orando "sin cesar". El Señor reconoce y honra esta clase de fe, y da a su hijo o hija una rica y abundante respuesta.

Por el contrario, si la oración no tiene continuidad, puede no ser contestada. La importunidad consiste en la habilidad de asirse a las promesas de Dios, para esperar con un vivo y vehemente deseo, a la par que con reposada paciencia. La oración importuna no es un deseo incidental, sino una pasión, no una necesidad, sino una exigencia.

La oración en su forma más elevada asume la actitud de un luchador con Dios. Es la contienda, la prueba y la victoria de la fe; una victoria que no es obtenida de un enemigo, sino de Dios, quien prueba nuestra fe de modo que pueda aumentarla. Esto es lo que prueba nuestras fuerzas y nos hace más fuertes.

Sin embargo, las primeras lecciones sobre la importunidad fueron enseñadas en el *sermón del monte*:

"Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá" (Mt. 7:7; Lc. 11:9).

Estos son los primeros pasos:

"Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá" (Mt. 7:8; Lc. 11:10).²

2. Es curioso observar que esta exhortación a la vital insistencia en la oración se encuentra en el mismo pasaje o discurso en el que el Señor condena las vanas repeticiones del orar farisaico, con lo que se demuestra el verdadero sentido de la primera indicación y se suprime el argumento de contradicción que hemos antes comentado y aclarado.

Los beneficios y la necesidad de la importunidad también son enseñados por aquellos santos del Antiguo Testamento. Los hombres de oración deben ser fuertes en esperanza, fe y oración. Deben saber cómo esperar e insistir; esperar en Dios e insistir en sus acercamientos a su santa presencia.

Abraham nos ha dejado un ejemplo acerca de la importunidad intercesora cuando rogaba a Dios por Sodoma y Gomorra.

Moisés enseñó el poder de la importunidad cuando intercedió por Israel durante cuarenta días y cuarenta noches, ayunando y orando; y al final, sus ruegos se vieron coronados por el éxito.

La noche de lucha y oración de Jacob, por ejemplo, marcó una etapa que él no olvidaría en toda su vida. Le rescató, cambió la actitud y conducta de Esaú, cambió el carácter de Jacob, salvó y afectó su vida e influyó en los hábitos de toda una nación.

Igualmente, nuestros tiempos de oración importuna hacen marcas, como los diamantes, en los lugares más difíciles, y dejan huellas en nuestro carácter. Son los períodos salientes de nuestras vidas. Son las piedras memoriales que permanecen para siempre. El Señor Jesucristo, mediante sus enseñanzas y su ejemplo, perfecciona este principio del Antiguo Testamento sobre orar y esperar. ¡Qué extraño que el Hijo unigénito de Dios, que vino en misión directa del Padre, cuya vida y ley era el hacer la voluntad de su Padre Celestial, estuviera bajo la ley de la oración, y que las bendiciones que cayeron sobre Él fueran impregnadas y conseguidas por la oración!

Más extraño aún es que la importunidad en la oración fuera el proceso por el cual sobreabundaran las riquezas de Dios en su vida. Si no hubiera orado con importunidad, la transfiguración no hubiera figurado en su historia, ni las poderosas obras y prodigios hubieran coronado su carrera. Sus noches enteras en oración, esto era lo que llenaba de compasión sus días enteros de trabajos. La importunidad en la oración que hubo en su vida coronó su muerte con un glorioso triunfo. Él aprendió la costosa lección de la sumisión a la voluntad de Dios en las luchas de una oración continua antes de que en la cruz Él nos mostrara el cenit de esa sublime obediencia.

Decía el predicador Spurgeon:

El Señor
Jesucristo,
mediante sus
enseñanzas y
su ejemplo,
perfecciona
este
principio del
Antiguo
Testamento
sobre orar y
esperar.
¡Qué extraño
que el Hijo
unigénito
de Dios,
que vino
en misión
directa del
Padre,
cuya vida y
ley era el
hacer la
voluntad de
su Padre
Celestial,
estuviera
bajo la ley
de la
oración,
y que las
bendiciones
que cayeron
sobre Él
fueran
impregnadas
y conseguidas
por la
oración!

Si el divino Hijo de Dios no pudo ser excepción a la regla de pedir para poder tener, usted y yo no podemos esperar que la regla sea quebrantada en nuestro favor.

“Ya sea que nos guste o no, pedir es la regla del Reino”.

“Pedid, y se os dará”, ésta es una regla que jamás será alterada en ningún caso. Nuestro Señor Jesucristo es el hermano mayor de la familia; sin embargo, Dios no quebrantó esta ley delante de Él. Recordad aquel salmo en el que Dios dice a su propio Hijo:

“Pídeme, y te daré por herencia las naciones. Y como posesión tuya los confines de la Tierra. Los quebrantarás con vara de hierro, como vasija de alfarero los desmenuzarás” (Sal. 2:8 y 9).

Si el divino Hijo de Dios no pudo ser excepción a la regla de pedir para poder tener, usted y yo no podemos esperar que la regla sea quebrantada en nuestro favor. ¿Por qué habría de serlo? ¿Qué razón podría exponerse por la cual tuviésemos que ser exentos de la oración? ¿Qué argumento podría haber en favor de que fuéramos libres de ese gran privilegio, y de la necesidad de elevar nuestras súplicas? Yo no veo ninguno. ¿Puede verlo usted? Dios bendijo a Elías y envió lluvia para la tierra de Israel, pero previamente Elías tuvo que orar por ella. Si la nación elegida tenía que prosperar, Samuel debía orar a su favor. Si los judíos debían ser liberados, Daniel tenía que interceder.

Dios bendijo a Pablo, y las naciones se convertían a través de su ministerio, pero Pablo debía orar. Él oró sin cesar; sus epístolas muestran que no esperaba recibir nada sin haberlo pedido en oración. Pocas cosas dan tan permanente vigor al alma como lo hace un largo rato de oración importuna. Pues marca una experiencia, una época, un nuevo calendario para el espíritu, una nueva vida para la fe y un sólido entrenamiento.

La Biblia nunca se cansa de insistir e ilustrar el hecho de que el más alto beneficio espiritual es en respuesta al más alto esfuerzo espiritual. Porque en la Biblia, así como en una auténtica vida cristiana, no hay lugar para deseos débiles, esfuerzos escasos, actitudes perezosas; todo debe ser tenaz, urgente y ardiente. Los deseos inflamados y la insistencia incansable son un deleite para los Cielos. En otras palabras, todo nuestro ser debe participar en nuestra oración; como John Knox, debemos decir y sentir: “Dame Escocia, o moriré”.

Nuestra experiencia y revelaciones de Dios nacen, pues, de un costoso sacrificio, de costosos conflictos, y de una costosa forma de orar.

La importunidad, repetimos, es una condición para la oración. No debemos presionar sobre el mismo asunto con repeticiones vanas, sino con urgentes demandas. No se trata de contar las veces, sino de ganar la batalla de la oración. No podemos dejar de orar, porque nuestra alma y corazón están allí. Oramos «con toda perseverancia». Insistimos en nuestros ruegos porque debemos tener la respuesta a todo costo. Y es que la perseverancia cuenta mucho, tanto para Dios como para los hombres... Si Elías hubiera cesado en su primera petición, los Cielos difícilmente hubieran dado su lluvia a una oración débil. Si Jacob hubiera dejado de orar al acostarse, no podría haber seguido vivo al otro día después de su encuentro con Esaú. Si la mujer sirofenicia hubiera permitido que su fe se sumiera en el silencio, deteniendo sus esfuerzos, su casa ensombrecida por la pena nunca hubiera recobrado el brillo de un hogar feliz por la sanidad de su hija.

“Orar y nunca desmayar” es el lema que Cristo nos da para nuestra vida de oración. Es la prueba para nuestra fe, y cuanto más severa sea ésta y más larga la espera, más gloriosos serán los resultados.

Si tú puedes tener todo a través de la oración, y sin ella nada, te ruego que veas cuán absolutamente vital es la oración, y te exhorto a que abundes en ella.

No existe la menor duda de que muchas de nuestras oraciones fracasan por falta de persistencia. Muy poco se puede lograr sin el fuego y la fuerza de la perseverancia. La persistencia es, definitivamente, la verdadera esencia de la oración genuina, debe estar allí como una fuerza de reserva. El Señor Jesús enseñó que la perseverancia es el elemento esencial de la oración; por tanto, los hombres deben ser diligentes cuando se arrodillan a los pies de Dios.

Pero sucede que muy frecuentemente nuestro corazón desmaya y abandonamos la oración justo en el punto donde deberíamos empezar. El abandono sucede justamente donde nos deberíamos asir con más fuerza. Nuestras oraciones son débiles porque no están hechas apasionadamente por una voluntad segura e incansable.

Dios ama al que ora con importunidad, y le envía respuestas que nunca hubieran sido obtenidas a no ser por la persistencia que rehúsa retirarse hasta que la petición se dé por hecha.

Resumiendo, Dios ama al que ora con importunidad, y le envía respuestas que nunca hubieran sido obtenidas a no ser por la persistencia que rehúsa retirarse hasta que la petición se dé por hecha.

8

Oración e importunidad

¡Con qué facilidad hablamos de orar sin cesar! Pero, ¡qué pronto somos a abandonar la oración si no hemos recibido contestación en una semana o un mes! Asumimos que por un solo camino de su voluntad, Dios tiene que darnos casi instantáneamente lo que pedimos. Nunca nos ponemos a pensar que Él es el Maestro y Creador de la naturaleza, al igual que de la gracia; y que a veces Él escoge distintas maneras pa-ra obrar. En ocasiones, la respuesta a una oración tarda años, y una vez contestada, al mirar hacia atrás, recién podemos darnos cuenta de la obra completa que Él ha hecho; pues Dios sabe todas las cosas... Él es el Único que ve el fin desde el principio, y su voluntad es que oremos de continuo y que sepamos de corazón y por experiencia lo que en realidad significa orar sin cesar.

ANÓNIMO

La oración importuna es un poderoso movimiento del alma hacia Dios, un remover de las profundas fuerzas del alma hacia el trono de la gracia divina. Es la habilidad de aferrarse, poseer y esperar. No es un incidente, ni siquiera un comportamiento, sino una pasión del alma. Tampoco es un deseo a medias, sino una fortísima necesidad.

Esta cualidad de luchar y vencer mediante la oración importuna no surge de la vehemencia física ni de la energía de la carne. No es un impulso de la energía humana, ni tampoco un mero entusiasmo del alma, sino una fuerza interna, una facultad implantada y levantada por el Espíritu Santo. Virtualmente, es la intercesión del Espíritu de Dios en nosotros; en otras palabras, es la oración eficaz y ferviente "que puede mucho" (Stg. 5:16). El Espíritu Divino, inflamando cada elemento dentro de nosotros, con la energía de su propio poder, nos urge a orar continuamente levantando nuestra súplica hacia el trono de la gracia, hasta que el fuego divino de la bendición es derramado. Esta lucha en la oración puede que no sea ruidosa ni vehemente, sino quieta, tenaz y urgente. Puede ser silenciosa pero a la vez constante y ferviente.

La oración importuna es un poderoso movimiento del alma hacia Dios, un remover de las profundas fuerzas del alma hacia el trono de la gracia divina. Es la habilidad de aferrarse, poseer y esperar. No es un incidente, ni siquiera un comportamiento, sino una pasión del alma. Tampoco es un deseo a medias, sino una fortísima necesidad.

La oración
que la
Escritura
declara ser
efectiva es
aquella
oración
ferviente
y eficaz
hecha por
el hombre
justo.

Nada distingue a los hijos de Dios tan clara y fuertemente como la oración: es la señal y prueba infalible de un cristiano. Esto es, los cristianos son gente de oración, mientras que los no convertidos no conocen este privilegio enorme. Los creyentes apelan a Dios, los mundanos le ignoran y no mencionan su Nombre.

Pero aún el creyente tiene necesidad de cultivar la oración continua. La oración debe ser algo habitual, pero todavía va mucho más allá de las implicaciones de este término: es la expresión de una relación auténtica con Dios, el deseo más puro por una completa comunión con el Señor.

Tiene, además, estrecha relación con la madurez espiritual. El hombre que no ora no puede ser llamado cristiano. No existe un pretexto posible para justificar la ausencia de oración en el creyente, puesto que la oración es la única forma en que el alma del hombre puede entrar en comunión con Dios. Por lo tanto, el que no ora no es de la familia de la fe.

Pero lo que ahora nos interesa especialmente es la oración importuna; el presionar de nuestros deseos ante Dios con urgencia y perseverancia, la oración con esa tenacidad y tensión que no disminuye ni cesa hasta que su ruego es oído y su causa ganada.

El que tiene una clara visión de Dios y de los conceptos escriturales de su carácter divino, quien aprecia este privilegio de poder acercarse al Señor y entiende perfectamente esa necesidad interior de todo lo que Dios tiene para él, ese hombre será solícito, expresivo, ferviente e importuno. La oración que la Escritura declara ser efectiva es aquella oración ferviente y eficaz hecha por el hombre justo. Esto quiere decir que es una oración que sale del corazón, cuya llama no es débil ni momentánea, sino que brilla continuamente con un fulgor inextinguible.

Las repetidas intercesiones de Abraham a favor de la salvación de Sodoma y Gomorra presentan un buen ejemplo de la necesidad y beneficio derivado de la oración importuna. Jacob, en su lucha con el ángel durante toda una noche, da un énfasis muy significativo al poder de la perseverancia en la oración, y nos muestra cómo, en las cosas espirituales, la importunidad se ve coronada por el éxito y la victoria.

Moisés oró cuarenta días y cuarenta noches, con el propósito de detener la maldición de Dios sobre Israel, y su ejemplo y éxito son un estímulo para la fe de nuestros días. Elías repitió su oración siete veces y, entonces, sobre el horizonte, apareció la nube que traería la lluvia, adelantando el éxito de su oración y la victoria de su fe. En una ocasión, Daniel, aunque cansado y debilitado, insistió en su causa durante tres semanas y, entonces, llegó la respuesta y la bendición.

La importunidad de la mujer sirofenicia hizo que consiguiera la victoria y que su petición se viera cristalizada. En lugar de ser una ofensa para el Salvador, Él pronunció estas hermosas palabras en favor de aquella madre angustiada:

"Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora" (Mt. 15:28).

Y es que las oraciones frías no tienen cabida en el Cielo, ni audiencia en la corte de lo Alto; sólo el fuego es la vida de la oración, y el Cielo es alcanzado por la importunidad de un corazón anhelante...

Nuestro precioso Salvador pasó muchas noches continuas en oración cuando estuvo aquí en la Tierra. En el Getsemaní presentó la misma petición tres veces, con una importunidad sumisa e imbatible, el cual involucraba cada elemento de su alma; y como expresión externa de este esfuerzo de su rostro brotó sudor y sangre. Los tiempos de crisis y victorias de su vida fueron acompañados por la oración.

Dios espera pacientemente a que sus escogidos clamen a Él día y noche. Escucha conmovido sus peticiones mil veces más que aquel juez injusto de la parábola, y da la respuesta oportunamente.

Y Dios encuentra una fe muy valiosa en aquellos hijos que permanecen en oración. Así, Él la honra la fe, permitiendo que se ejercite, sea fortalecida y enriquecida. Entonces, la recompensa levantando la carga agobiante del corazón y derramando abundante bendición juntamente con su sabia respuesta.

Dios espera
pacientemente
a que sus
escogidos
clamen a Él
día y noche.
Escucha
conmovido
sus
peticiones
mil veces
más que
aquel juez
injusto de la
parábola,
y da la
respuesta
oportunamente.

9

**Oración e importunidad
(continuación)**

La energía,
el valor
y la
perseverancia
deben
respaldar las
oraciones
dignas de ser
oídas por
Dios.
El Cielo tiene
oídos
únicamente
para aquellos
que elevan
sus oraciones
de corazón.

Dos tercios de la oración que hacemos es por aquello que nos daría el mayor placer posible al recibirlo. Es una clase de autoindulgencia espiritual en la cual nos comprometemos y, como consecuencia, es exactamente lo opuesto a la autodisciplina. Dios sabe todo esto, y permite que sus hijos le pidan. En el proceso del tiempo —su propio tiempo—, nuestras peticiones toman otro aspecto, y nosotros, otra visión espiritual. Dios nos deja seguir orando hasta que en su sabiduría se digna a contestarnos. Y no importa el tiempo que pueda transcurrir hasta que Él responda, pues aun así, siempre es mucho más temprano de lo que tenemos derecho a esperar o merecer.

ANÓNIMO

Hemos dicho que el punto principal de las enseñanzas de Cristo con respecto a este tema es aclarar que los hombres deben orar con un fervor y anhelo tal que no pueda serles negado. La energía, el valor y la perseverancia deben respaldar las oraciones dignas de ser oídas por Dios. El Cielo tiene oídos únicamente para aquellos que elevan sus oraciones de corazón.

Todas estas cualidades del alma, tan esenciales para la oración efectiva, son presentadas en la parábola del hombre que fue a medianoche a casa de su amigo para pedirle tres panes. Este hombre fue con la confianza de que obtendría lo que pedía; su necesidad era imperiosa, y sabía que no podía volverse con las manos vacías. Por eso, la negativa de su amigo le sorprendió grandemente. ¡Hasta la amistad había fallado en ese momento! Pero aún quedaba algo que intentar: presionar su petición hasta que la puerta se abriera y su pedido le fuera otorgado. Esto fue exactamente lo que sucedió, y así, por medio de la importunidad, se aseguró de lo que una solicitud ordinaria hubiera fallado en conseguir.

El éxito de este hombre, conseguido en las mismas puertas del fracaso, fue usado por el Salvador para ilustrar

la necesidad de la insistencia en las súplicas ante el trono de la gracia divina.

Y es que cuando no se recibe la respuesta en forma inmediata, el cristiano que sabe orar debe reunir ánimo y valor en cada demora, y avanzar en su premura hasta que venga la respuesta. Hemos de tener fe para insistir en la petición hasta obtener la seguridad de recibir lo pedido.

La oración importuna es el más ardiente movimiento del corazón hacia Dios. Es la puesta en marcha de toda la fuerza del hombre espiritual dentro del ejercicio de la oración. Isaías se lamentaba de que nadie se esforzara en aferrarse a Dios. ¡Y eso que en los tiempos de Isaías se hacía mucha oración! Pero era una clase de oración fácil, indiferente y complaciente. No habían poderosos movimientos del alma hacia Dios, ni energía santa inclinada para apropiarse de los tesoros de su gracia. Tales oraciones sin esfuerzo no tienen poder para sobreponerse a las dificultades, ni para conseguir resultados que traigan aparejada una completa victoria. Isaías, sin embargo, miraba adelante con la esperanza de que un día la religión florecería, y habrían tiempos de verdadera oración. Cuando esos tiempos vinieran, los hombres no abandonarían su vigilancia, sino que clamarían día y noche, y sus esfuerzos persistentes mantendrían comprometidos todos los intereses espirituales y abrirían las puertas a los tesoros infinitos.

La laxitud, el desmayo de corazón, la impaciencia y timidez son actitudes fatales para nuestras oraciones.

Por el contrario, la oración importuna nunca desmaya ni se debilita, no se desanima, ni se rinde a la cobardía, sino que es sostenida por una clase de esperanza que no conoce la desesperación, y una fe que se aferra fuertemente a la promesa. Tiene paciencia para esperar y fortaleza para continuar, y rehúsa levantarse de sus rodillas hasta no recibir la respuesta.

Las palabras del gran siervo de Dios, Adoniram Judson Gordon, son el testimonio de un hombre que hacía uso de la oración importuna:

“En todo aquello que puse verdadero y profundo interés, Dios me ha respondido de la manera menos imaginable. A su tiempo debido y en una manera perfecta, la respuesta vino para llenar mis más caros anhelos”.

La oración
importuna es
el más
ardiente
movimiento
del corazón
hacia Dios.
Es la puesta
en marcha
de toda
la fuerza
del hombre
espiritual
dentro del
ejercicio de
la oración.

La fe tiene una estrechísima relación con la oración y, por supuesto, está inseparablemente asociada con la importunidad. Pero esta última cualidad guía a la oración hasta el punto culmine de la fe y de la confianza.

Volvamos a la parábola del hombre que fue a media-noche a casa de su amigo; en ella se nos da una lección sumamente significativa; un valor inquebrantable, una persistencia incesante y un propósito fijo y definido son algunas de las cualidades principales incluidas en la forma más elevada y victoriosa de la oración del auténtico hijo de Dios (véase Lc. 11:5-8).

La importunidad está compuesta por intensidad, perseverancia, paciencia y persistencia. La misma demora en recibir respuesta a la oración es el terreno propicio para la importunidad. En el evangelio de Mateo tenemos una ilustración de cómo a veces Dios no responde inmediatamente a aquellos que claman a Él... Dos ciegos clamaron al Señor y le siguieron con su petición continuada: "¡Ten misericordia de nosotros, Hijo de David!" (Mt. 9:27).

Pero Él no les contestó. Aun así, aquellos enfermos necesitados le siguieron y, finalmente, consiguieron la respuesta a su súplica.

También, el caso del ciego Bartimeo es un ejemplo notable de lo que venimos tratando, en especial destacable por la muestra de persistencia que este hombre manifestó en su apelación al Señor. Si su primer clamor fue hecho cuando Jesús entraba a la ciudad de Jericó, y continuó hasta que el Señor se acercó hasta donde él estaba, ésta es entonces la más poderosa demostración de la necesidad de importunidad en la oración y de la victoria que reciben aquellos que se apoyan en Cristo e insisten en su súplica hasta que Él les garantiza la respuesta. Marcos, en su evangelio (Mr. 10:46-52), nos presenta todo el incidente de forma muy gráfica: al principio, el Señor pareció no oír nada. La multitud reprendía a Bartimeo por su ruidoso clamor. Pero, a pesar de la aparente indiferencia de nuestro Señor, y de la reprensión de la impaciente multitud, el mendigó ciego continuó gritando y aumentando el tono de su voz hasta que el Señor fue realmente impresionado y conmovido, y se declaró en favor de su causa. El ciego Bartimeo finalmente ganó su caso: su importunidad prevaleció contra todas las dificultades.

La fe tiene una estrechísima relación con la oración y, por supuesto, está inseparablemente asociada con la importunidad. Pero esta última cualidad guía a la oración hasta el punto culmine de la fe y de la confianza. Un

espíritu persistente trae a un hombre hasta el lugar donde la fe se apropia de las promesas y clama por la bendición de lo alto. He aquí la estrecha relación entre la fe, la confianza y la oración importuna...

La necesidad imperiosa de la oración importuna se presenta muy claramente en la Palabra de Dios, y la misma nos enfatiza el deber de cultivarla día a día. Lamentablemente los creyentes somos muy propensos a subestimar esta verdad vital. La indolencia espiritual, el amor a lo fácil y cómodo y la flojedad en nuestros principios religiosos de hoy, todo ello opera contra este tipo de petición. Sin embargo, nuestra oración, necesita ejercer presión e insistir con una energía incansable, una persistencia que no puede ser negada y un valor que nunca se da por vencido.

También hemos de prestar atención a un hecho misterioso que se da muchas veces en la oración: la certeza de que habrá demoras, negativas y fracasos aparentes en conexión con su ejercicio y práctica. Hemos de estar preparados para estas circunstancias, de manera que no nos hagan debilitar ni cesar en nuestra oración persistente e importuna. Como un valiente soldado, que exhibe su valor a medida que el conflicto y la batalla se acrecientan, el cristiano que ora debe aumentar su ferviente petición sin desmayar aunque parezca que la demora o la negativa son obstáculos infranqueables.

Moisés nos da un ejemplo notable de lo que significa la importunidad en la oración. En lugar de permitir que su cercanía al Señor produjera en él una actitud de "dormirse en los laureles", aprovechó este hecho como una condición sumamente favorable para el ejercicio de su vida de oración.

Ya hemos mencionado aquellos cuarenta días con sus noches, en los que este hombre de Dios permaneció en constante oración y ayuno, en favor del pueblo de Israel y de su propio hermano Aarón, quienes habían construido un becerro de oro y lo adoraron.

Este prolongado lapso de oración delante de Dios dejó imprimida una huella profunda en el corazón de Moisés. Él había estado en estrecha relación con Dios, pero su carácter nunca llegó a la grandeza que alcanzó en los días y años que siguieron a estos cuarenta días y noches de intercesión importuna.

Como un valiente soldado, que exhibe su valor a medida que el conflicto y la batalla se acrecientan, el cristiano que ora debe aumentar su ferviente petición sin desmayar aunque parezca que la demora o la negativa son obstáculos infranqueables.

No hay ninguna duda de que la oración importuna conmueve al Padre y eleva el carácter del creyente. Si estuviéramos más cerca de Dios en esta gran ordenanza de la oración intercesora, nuestros rostros brillarían con más santidad y nuestro servicio sería enriquecido trayendo mayor gloria para el Nombre del Señor.

10

Oración, carácter y conducta

El general Charles James Gordon, el "héroe de Khartum", fue un verdadero soldado cristiano, finalmente capturado en un pueblo del Sudán y mantenido prisionero por un año, hasta que se le ejecutó. En su panteón, en la Abadía de Westminster, están escritas estas palabras: "Dio su dinero a los pobres, su simpatía a los afligidos, su vida a su país y su alma a Dios".

HOMER W. HODGE

La oración rige la conducta y la conducta hace o forma el carácter. La conducta consiste en aquello que hacemos y el carácter en lo que somos. La conducta es la vida exterior, mientras que el carácter es la vida invisible escondida dentro de cada uno, pero evidenciada por lo que se puede ver. La primera es externa, vista desde fuera; mientras que el segundo es interno y opera desde el interior.

En otras palabras, en la economía de la gracia, la conducta viene a ser la progenie del carácter. Y el carácter, el estado del corazón... También se puede decir que el carácter es la raíz del árbol, y la conducta, el fruto.

Sabemos que la oración está relacionada con todos los dones de la gracia. Por consiguiente, en cuanto al carácter y la conducta, la relación de la oración es la de un poderoso colaborador. Esto es, la oración ayuda a establecer el carácter y modelar la conducta, y ambos dependen de la oración para su progreso exitoso.

Es cierto que puede haber un cierto grado de carácter moral y de conducta independientes de la oración, pero no puede existir nada que sea distintivo del carácter religioso y de la conducta cristiana sin la oración. La oración ayuda, mientras que todas las otras ayudas fracasan. Así, cuanto más oremos, seremos mejores cristianos y más puras serán nuestras vidas.

El mismo fin y propósito del ministerio de abogacía de Cristo es crear un carácter auténticamente cristiano y formar una conducta que refleje nuestra vida espiritual interior:

En la economía de la gracia, la conducta viene a ser la progenie del carácter. Y el carácter, el estado del corazón... También se puede decir que el carácter es la raíz del árbol, y la conducta, el fruto.

En las enseñanzas de Cristo, el énfasis no está puesto simplemente en las obras de caridad y misericordia, sino en el carácter espiritual interior. En cuanto a esto, las demandas son muy altas, y nada menos de lo que la Escritura exige sería suficiente para satisfacer a Dios.

“Quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tit. 2:14).

En las enseñanzas de Cristo, el énfasis no está puesto simplemente en las obras de caridad y misericordia, sino en el carácter espiritual interior. En cuanto a esto, las demandas son muy altas, y nada menos de lo que la Escritura exige sería suficiente para satisfacer a Dios.

En el estudio de las epístolas de Pablo, hay algo que se destaca clara e inequívocamente: la insistencia en la pureza y santidad de corazón, y la justicia de vida. Pablo no busca tanto el promover lo que se le llama “obra personal”, ni tampoco las obras de caridad son el tema central de sus cartas; lo que forma el contenido de los escritos paulinos es la condición del corazón humano y lo inmaculado de la vida personal.

En cualquier otra parte de las Escrituras podemos ver que el carácter y la conducta son los elementos preeminentes. La religión cristiana trata con hombres que son vacíos en su carácter espiritual e impíos en sus vidas, y su meta es la de cambiarles, convirtiéndoles en santos y justos de corazón con una vida limpia y pura. Su cometido es el de cambiar hombres malos en hombres buenos; trata con la maldad interior para convertirla en auténtica bondad. Y justamente aquí es donde la oración demuestra su maravillosa eficacia y frutos.

Sin oración, no puede producirse, pues, un cambio tal en el carácter moral, ya que dicho cambio es algo sobrenatural. Es decir, la transformación no tiene lugar por las buenas obras que nosotros hayamos hecho, sino de acuerdo a la misericordia de Dios, Quien nos salva “por el lavamiento de la regeneración” (Tit. 3:5). Y este maravilloso cambio acontece por medio de la oración fervorosa, persistente y fiel. Cualquier otra forma de cristianismo que no produzca un cambio tal en los corazones de los hombres es un engaño y una falsedad.

Repetimos, el oficio de la oración es cambiar el carácter y la conducta, y a este respecto podrían contarse cantidad de casos y ejemplos, en los cuales la oración ha probado, mediante sus credenciales, su carácter divino.

Igual que un producto refleja el carácter de la fábrica que lo hace, una iglesia justa con un propósito justo produce hombres justos.

Por el contrario, la conducta injusta se origina con la falta o ausencia de oración; las dos van mano a mano. La oración y el pecado no pueden tener comunión mutua: una de las dos debe cesar. Si los hombres oran como lo indica la Escritura, no querrán pecar ni mucho menos permanecer en el pecado, pues la oración crea una repulsión por el pecado, de forma que obra directamente sobre el corazón elevando la naturaleza del hijo de Dios a una reverente contemplación y amor por las cosas santas.

Y es que la oración está basada en el carácter... Lo que somos con Dios mide nuestra influencia para con Él. Fue el carácter interno de aquellos hombres como Abraham, Job, David, Moisés, y muchos otros santos, lo que permitió que tuvieran una influencia tan destacable con el Señor.

Y hoy día, también, no pesan tanto nuestras palabras, sino lo que en realidad somos en nosotros mismos. La conducta afecta el carácter, y cuenta mucho en nuestras oraciones. Al mismo tiempo, el carácter afecta la conducta y tiene una influencia superior sobre la oración. Nuestra vida interior no sólo da colorido a nuestra oración, también le da cuerpo y consistencia. Un mal vivir es consecuencia de orar mal y lo que es peor, de no orar en absoluto. O sea, oramos débilmente porque vivimos débilmente.

La debilidad en el vivir refleja sus características en las horas de la oración. No podemos hablar con Dios íntima, fuerte y confidencialmente a menos que vivamos para Él de manera fiel y verdadera. Debemos aprender bien esta lección: el carácter y la conducta conformados a la imagen de Cristo nos dan una posición peculiar y preferencial en la oración ante el trono de Dios. Su Santa Palabra da un énfasis muy especial a la función que tiene la conducta en impartir valor a nuestras oraciones:

“Entonces invocarás, y te oirá Jehová; clamarás, y dirá Él: *Heme aquí*. Si quitares de en medio de ti el yugo, el dedo amenazador, y el hablar vanidad” (Is. 58:9).

La maldad de Israel y sus prácticas abominables fueron citadas al detalle por Isaías, como la razón por lo que Dios no escuchaba sus oraciones:

“Cuando extendáis vuestras manos, Yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, Yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos” (Is. 1:15).

La oración está basada en el carácter... Lo que somos con Dios mide nuestra influencia para con Él.

El **arrepentimiento** no involucra solamente la pena por el pecado, sino también el apartarse de éste e inclinarse a hacer lo bueno. Un **arrepentimiento** que no produzca un cambio notable en el carácter y la conducta es, sin duda, una falsedad y un engaño.

La misma triste verdad fue declarada por el Señor a través del profeta Jeremías:

“Tú, pues, no ores por este pueblo, ni levantes por ellos clamor ni oración; porque Yo no oiré en el día que en su aflicción clamen a Mí” (Jer. 11:14).

Aquí se declara sencillamente, que la conducta impía es una barrera para la oración victoriosa, y que para tener un total acceso a Dios en oración, debe haber un total abandono del pecado consciente y premeditado. Por ningún medio podemos separar la oración de la conducta.

“Y cualquiera cosa que pidiéremos, la recibiremos de Él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de Él” (1 Jn. 3:22).

Las palabras de nuestro Señor, “velad y orad” (véase Mt. 26:41; Mr. 14:38; Lc. 22:40), tienen el propósito de cubrir y guardar toda nuestra conducta de modo que podamos presentarnos ante el trono de la Gracia con la seguridad de estar manteniendo una guardia vigilante sobre nuestras vidas:

“Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida y venga de repente sobre vosotros aquel día” (Lc. 21:34).

Por supuesto que la oración de arrepentimiento es aceptable ante Dios. Él se deleita en oír los gemidos de aquellos que han pecado. Pero el arrepentimiento no involucra solamente la pena por el pecado, sino también el apartarse de éste e inclinarse a hacer lo bueno. Un arrepentimiento que no produzca un cambio notable en el carácter y la conducta es, sin duda, una falsedad y un engaño. Las cosas viejas han de pasar, y todo ha de ser hecho nuevo...

Entonces, si fracasamos en purificar el carácter y rectificar la conducta, hemos malinterpretado el oficio de la oración.

El carácter de la vida interior es una condición de la oración eficaz: así como es la vida, será la oración. Una vida inconsistente obstruye la oración y neutraliza nuestros ruegos. No olvidemos nunca las palabras en la epístola de Santiago:

«La oración eficaz del justo puede mucho» (Stg. 5:16).

En definitiva, tener nuestros deseos puestos en las cosas espirituales, desear ardientemente caminar en los

caminos de Dios y agradecerle en todo, todo esto da peso, poder e influencia a la oración, y nos asegura la audiencia con el Señor.

Sí, la oración debe surgir de un corazón limpio y ha de ser presentada «levantando manos santas» (1 Ti. 2:8). Debe ser respaldada por una vida consistente de obediencia a Dios y en conformidad a la ley y voluntad divina. Porque si la vida es una condición importante para la oración, la oración es también la condición para el vivir justo y recto.

La oración hace que aquel que la practique obre su salvación con temor y temblor. Además, le pone alerta sobre su temperamento, conversación y conducta, le hace andar en sabiduría —«redimiendo el tiempo» (Ef. 5:16)—, le capacita para andar conforme a la vocación a la que fue llamado y le da un alto incentivo para proseguir en su peregrinaje, desechando lo malo y haciendo lo bueno ante los ojos de Dios.

Muy a menudo, la experiencia cristiana se fundamenta sobre la roca de la conducta. Las teorías más hermosas son estropeadas por vidas vividas en la injusticia. La vida práctica es lo que cuenta, y nuestra oración sufre sus consecuencias, al igual que las otras fases de nuestra experiencia religiosa.

Y así como éste es el oficio de la oración, es también la primera tarea de la Iglesia: traer hombres impíos al Señor y convertirlos en hombres puros y buenos a los ojos de Dios. Por ello, la Iglesia debe ser justa, y ha de obrar de tal manera que produzca hombres justos, pues es el Cuerpo de Cristo, y su primer deber es crear y dirigir la justicia de carácter. Su trabajo primordial no es conseguir miembros, especular con números, conseguir fondos económicos o comprometerse en obras de caridad, sino producir un carácter interior justo y una vida exterior llena de pureza.

La obra más efectiva hecha por el creyente es la que va acompañada de una santidad de vida, y de una separación del pecado y del mundo. Algunas de las más poderosas proclamas se hacen con los labios cerrados. Un claro ejemplo es el de aquellos padres y madres cristianos que temen a Dios, aman su causa y exhiben las excelencias de una vida santa a sus hijos y vecinos.

Y así como éste es el oficio de la oración, es también la primera tarea de la Iglesia: traer hombres impíos al Señor y convertirlos en hombres puros y buenos a los ojos de Dios.

Los cristianos deben predicar con el ejemplo de sus vidas o dejar de hacerlo. La predicación más efectiva no es aquella que se oye desde el púlpito, sino la que se proclama quieta, humilde y de forma consistente; la cual exhibe sus excelencias en el hogar y en la comunidad. El ejemplo puede predicar sermones mucho más efectivos que los preceptos.

El obrero más activo de una iglesia puede estropear su ministerio a causa de un espíritu mundano y una vida inconsistente. Los hombres predicar con sus vidas, y no solamente con sus palabras.

Del mismo modo, en los tiempos antiguos, los predicadores debían evangelizar con sus vidas, o dejar de predicar. De la misma manera hoy día, los cristianos deben predicar con el ejemplo de sus vidas o dejar de hacerlo. La predicación más efectiva no es aquella que se oye desde el púlpito, sino la que se proclama quieta, humilde y de forma consistente; la cual exhibe sus excelencias en el hogar y en la comunidad. El ejemplo puede predicar sermones mucho más efectivos que los preceptos. La mejor y más eficaz predicación, aun desde el púlpito, es aquella que está fortificada y respaldada por un vivir justo en el mismo predicador.

11

Oración y obediencia

La vida de Fletcher de Madeley fue un verdadero ejemplo de obediencia que yo desearía poder imitar. Poseía una mente dispuesta a abrazar cualquier clase de cruz con sumisión y placer. Tenía un amor muy especial por las ovejas del rebaño, y se daba a ellas con la mayor diligencia a fin de alimentarlas e instruirlas, para lo cual tenía un don peculiar... Toda su relación conmigo estuvo tan llena de oración y alabanza que cada labor y hasta cada comida juntos tenía la fragancia de una atmósfera celestial.

JOHN WESLEY

La obediencia es el agente conservador y la vida del amor.

Bajo la ley Mosaica, la obediencia se miraba como “mejor que los sacrificios” y que la grosura de carneros. Así, en el libro de Deuteronomio, leemos:

“¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!” (Dt. 5:29).

Indudablemente, la obediencia es una elevada virtud en la vida de un soldado: obedecer es la primera y última lección que debe aprender, para practicarla en todo tiempo, sin cuestionar ni quejarse. Del mismo modo, la obediencia cristiana, que es la fe en acción, constituye la misma prueba del amor:

“El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama...” (Jn. 14:21).

Podemos deducir, por tanto, que la obediencia es el agente conservador y la vida del amor.

“Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como Yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Jn. 15:10).

¡Qué maravillosa declaración de la relación creada y mantenida por medio de la obediencia! El Hijo de Dios estuvo siempre en el centro del amor del Padre por virtud de su obediencia. La propia declaración de Jesús es lo suficientemente reveladora:

Los mandamientos de Dios son una unidad, y pasar por alto uno de ellos constituye una cadena inevitable de quebrantamiento de todo el conjunto.

“Porque el que me envió conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque Yo hago siempre lo que le agrada” (Jn. 8:29).

El don del Espíritu Santo, en su máxima extensión y en lo más rico de su experiencia, depende de la obediencia:

“Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre” (Jn. 14:15 y 16).

La obediencia a Dios es también una condición de salud espiritual, de satisfacción interior y de estabilidad en el corazón:

“Si quisieréis y oyereis, comeréis el bien de la tierra” (Is. 1:19).

Esto es, la obediencia abre las puertas de la Santa Ciudad y da acceso al Árbol de la Vida.

Pero, ¿qué es la obediencia? Hacer la voluntad de Dios y guardar sus mandamientos. ¿Cuántos de los mandamientos constituyen la obediencia? Guardar la mitad y quebrantar la otra mitad no es obediencia real y verdadera. Sobre este punto, Santiago, el apóstol, nos da una declaración sumamente explícita:

“Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos” (Stg. 2:10).

Y es que el espíritu que predispone a un hombre a ignorar un mandamiento es el mismo que puede moverle a violarlos todos. Porque los mandamientos de Dios son una unidad, y pasar por alto uno de ellos constituye una cadena inevitable de quebrantamiento de todo el conjunto.

Dios no quedará satisfecho con nada menos que con mantener todos sus mandamientos y guardar siempre una obediencia implícita. Sin embargo, ¿podemos guardar todos los mandamientos de Dios? ¿Puede un hombre recibir la habilidad o capacidad moral que lo capacite para obedecerlos? Ciertamente que sí; el hombre puede recibir esta misma capacidad y señales de Dios a través de la Palabra y la oración. ¿Acaso Dios da mandamientos que el hombre es incapaz de obedecer? ¿Es Él tan arbitrario y severo como para establecer mandamientos que no se pueden guardar? En todos los anales de la Sagrada Escritura no hay ni un solo ejemplo de algo que Dios hubiera ordenado al hombre que estuviera más allá de su poder.

En principio, la obediencia a Dios es la misma cualidad que la obediencia a los padres terrenales. Implica, en su efecto general, dejar nuestros propios caminos y seguir los de otro, rendir la voluntad propia a otra voluntad y someterse a la autoridad y los requisitos paternales. Los mandamientos, ya sean de nuestro Padre celestial o de nuestro padre terrenal, son engendrados en amor, y todos ellos contienen las mejores intenciones e intereses para aquellos que deben cumplirlos y obedecerlos; no surgen ni de la severidad ni de la tiranía, sino que siempre son originados en el amor de Dios y para bien de nuestros intereses, de manera que obedecerlos es toda una bendición.

Y la obediencia trae consigo su propia recompensa. Dios lo ha ordenado así, y puesto que lo ha hecho, aun la razón humana puede darse cuenta de que nunca demandará nada que esté fuera de nuestras posibilidades de cumplirlo.

La obediencia es amor, y cumplir cada mandamiento es una manifestación de ese amor. Por lo tanto, la obediencia no es una demanda difícil que pesa sobre nosotros, así como tampoco lo es el servicio que un esposo presta a su esposa o el que ella presta a su marido e hijos. Al contrario, el amor se deleita en obedecer y agradar a aquel que ama. Con qué sencillez y con cuánta razón el apóstol Juan decía:

“Y cualquier cosa que pidiéremos la recibiremos de Él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables delante de Él” (1 Jn. 3:22).

Así, la obediencia va delante de cada mandamiento. Es amor obedeciendo por anticipado. Los mandamientos de Dios no son gravosos; sus caminos son siempre agradables y están llenos de paz:

“Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mt. 11:30).

Es cierto que en el amor pueden haber algunas pruebas, pero nunca imposibilidades. En realidad, es mucho más fácil agradar a Dios que a los hombres. Más aún, podemos saber exactamente cuándo le estamos agradando. Éste es el testimonio del Espíritu: la seguridad divina interior dada a todos los hijos de Dios que están haciendo la voluntad del Padre, y cuyos caminos son agradables delante de sus ojos.

Además, los mandamientos de Dios son justos y fundamentados en su justicia y sabiduría:

La obediencia es amor, y cumplir cada mandamiento es una manifestación de ese amor.

Los mandamientos de Dios pueden ser obedecidos por todos aquellos que busquen los recursos de la gracia que les capaciten para obedecerlos.

"De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno" (Ro. 7:12).

"... justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos" (Ap. 15:3).

Los mandamientos de Dios, pues, pueden ser obedecidos por todos aquellos que busquen los recursos de la gracia que les capaciten para obedecerlos. Estos mandamientos deben ser obedecidos.

Es el repudio a su autoridad lo que Dios no puede tolerar. Prestemos atención a las palabras del apóstol Pablo en su epístola a los romanos:

"Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu" (Ro. 8: 3 y 4).

Y si alguno se quejase de que la humanidad, bajo la caída, es demasiado débil e inepta para obedecer estos mandamientos de Dios, la respuesta es que, a través de la expiación de Cristo, el hombre queda completamente capacitado para obedecer. Aquel poder de Dios que obra en nosotros, en la regeneración y a través del Espíritu Santo, nos da gracia suficiente para todo lo que se requiere y se espera de nosotros como hijos e hijas de Dios. Esta gracia es derramada sin medida en respuesta a la oración; de modo que, mientras Dios nos ordena algo, al mismo tiempo nos da toda la fuerza de voluntad y gracia necesaria para satisfacer sus demandas. Siendo ésta una auténtica verdad, el hombre queda sin excusa ante su desobediencia.

El hacer la voluntad de Dios sin demora es un gozo y un privilegio para toda persona de oración. El que es limpio de manos y puro de corazón puede orar con plena confianza. En el *sermón del monte*, el mismo Señor Jesucristo dijo:

"No todo el que me dice *Señor, Señor*, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los Cielos" (Mt. 7:21).

Y en el evangelio de Juan, se cita lo siguiente:

"Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como Yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor" (Jn. 15:10).

"El arte del cristiano —decía Martín Lutero— es la oración". Pero el cristiano tiene otras artes que aprender antes de asimilar los secretos del arte de la oración: debe aprender bien el arte de la perfecta obediencia a la voluntad del Padre. En otras palabras, la obediencia sigue al amor, y la oración sigue a la obediencia; por lo que la verdadera observancia a los mandamientos de Dios acompaña en forma inseparable a lo conectado con la oración real y eficaz.

Sí, una vida de obediencia ayuda grandemente a la oración. Se podría decir que acelera su llegada ante el trono de la gracia; actúa como la confluyente marea de un río, que va dando más volumen y caudal a medida que se acerca a la meta final.

Pero una vida obediente no es simplemente una vida reformada; no se trata de la vieja vida remendada y pintada de nuevo, ni tampoco de una asistencia fiel a la Iglesia ni de una multiplicidad de actividades. Tampoco es una conformación externa en cuanto a los dictados de la moralidad. En un cristiano obediente se combinan aún muchas más cosas que éstas para dar lugar a una vida llena de santo temor y reverencia a Dios. Una vida de obediencia, asentada en los mandamientos y la voluntad de Dios, donde la voluntad nuestra está en plena conformidad con la del Padre, no ofrece barreras ni impedimentos a la oración.

Si usted tiene un ferviente deseo de orar, debe aprender a obedecer; si tiene el deseo de aprender a orar, entonces debe desear también aprender a hacer la voluntad de Dios; y si desea orar a Dios primero, debe tener el ardiente deseo de obedecerlo. Igualmente, si ha de tener acceso libre a Dios en oración, entonces cada obstáculo en la naturaleza del pecado o de la desobediencia debe ser quitado lo antes posible.

En cualquier parte de la Escritura, el Señor nos hace ver claramente su desaprobación a la desobediencia y al pecado, y esto es tan verdadero en la vida de sus elegidos como en la de los pecadores. Nunca aparece con una actitud de tolerancia ante el pecado o excusando la desobediencia.

Al revés, Dios siempre pone el énfasis en la obediencia a sus mandamientos; pues la obediencia acarrea la bendición, y la desobediencia trae consigo el caos y la

Una vida obediente no es simplemente una vida reformada; es una vida asentada en los mandamientos y la voluntad de Dios, donde la voluntad nuestra está en plena conformidad con la del Padre y no ofrece barreras ni impedimentos a la oración.

En sí mismas, desgracia. Esta verdad se presenta en la Palabra de Dios desde el principio hasta el fin. Es a causa de esto, precisamente, que los hombres de oración tienen tal influencia con Dios: los hombres que han practicado fielmente la obediencia siempre han estado cerca del Señor. Éstos son los que han orado bien y han recibido grandes cosas de Dios, y que también han hecho que grandes cosas acontecieran para beneficio del Cuerpo de Cristo y aun del mundo.

aunque, En efecto, la obediencia a Dios tiene un lugar preponderante en el área de la oración. Este hecho nunca podrá enfatizarse demasiado. Proclamar una fe religiosa que tolera al pecado es mover el terreno que yace bajo los pies de la oración efectiva. Excusar el pecado con el pretexto de que la obediencia a Dios no es posible para los hombres no regenerados es no contar con el carácter del nuevo nacimiento.

de hecho, aquél que nunca ha llorado por sus pecados, nunca ha orado verdaderamente por ellos. Cierta vez, el Señor Jesús irrumpió con una pregunta, la cual tocó la misma llaga de la desobediencia:

“¿Por qué me llamáis *Señor, Señor*, y no hacéis lo que Yo digo?” (Lc. 6:46).

Esto es, aquél que desea orar, y orar de verdad, debe obedecer en todo el sentido de la Palabra. Quien desee sacar beneficio de sus oraciones, debe estar en una perfecta relación y armonía con Dios.

Es más, la oración pone un espíritu de obediencia en aquellos que oran sinceramente, pues el espíritu de desobediencia no es de Dios y no pertenece a las huestes de aquellos fieles en oración.

Hay, no obstante, algo que puntualizar: una persona desobediente puede orar, siempre y cuando lo haga buscando perdón, misericordia y paz para su alma; puede venir a los pies de Dios con lágrimas y confesión, con un corazón penitente y contrito, el cual no tiene otro camino sino el de acercarse a Dios.

En sí mismas, las lágrimas no son meritorias —en ocasiones las lágrimas son el único ruego del penitente— aunque, de hecho, aquél que nunca ha llorado por sus pecados, nunca ha orado verdaderamente por ellos... Las lágrimas se aplican al pasado, al pecado y al mal obrar. Sin embargo, hay otro paso que iniciar: el de la obediencia incuestionable; y hasta que no sea dado, la oración pidiendo la bendición y el apoyo de Dios no tendrá valor.

Un pecador penitente busca el perdón y la salvación y obtiene la respuesta a sus oraciones aun con una vida manchada y destrozada por el pecado. Pero los intercesores reales de Dios deben venir ante Él con vidas dignas de hijos del Rey. Vivir *santamente* promueve oraciones *santas*. Los intercesores de Dios “elevan sus manos” (1 Ti. 2:8), símbolos de justicia y de una vida recta.

12

Oración y obediencia
(continuación)

Una completa
dedicación
a Dios,
una entrega
total,
que somete
consigo a
todo el ser en
una llama de
consagración,
todo esto da
alas a la fe y
energía a la
oración;
abre las
puertas del
trono de la
gracia y
ejerce una
poderosa
influencia
ante el Dios
Todopoderoso.

He conocido muchos hombres ejemplares, santos de vida y corazón; pero nunca uno igual a John Fletcher, tan obediente y devoto a Dios, ya sea en su vida interior como en sus manifestaciones exteriores.

JOHN WESLEY

Es digno notar que la oración, a la cual se le concede una posición tan trascendental y que da resultados tan asombrosos, no es simplemente un acto cualquiera, sino una acción empapada de santidad: es la «oración de los santos», la de los verdaderos hombres de Dios. Detrás de estas oraciones, que emergen de lo profundo de un corazón obediente, están los hombres y las mujeres que son devotos para con Dios, aquellos que se han separado del mundo y del pecado. Éstos son los santos que dan energía, fervor y poder a las oraciones.

Nuestro Señor Jesucristo era preeminente en la oración, porque también lo era en su santidad. Una completa dedicación a Dios, una entrega total, que somete consigo a todo el ser en una llama de consagración, todo esto da alas a la fe y energía a la oración; abre las puertas del trono de la gracia y ejerce una poderosa influencia ante el Dios Todopoderoso.

Esto es, «levantar manos santas» (1 Ti. 2:8) es esencial para la oración. No es, sin embargo, una santidad que dedica solamente una hora diaria a Dios, sino algo que toma posesión de todo el ser, que dedica su vida entera al Señor para andar en forma agradable ante sus ojos y cumplir su voluntad.

Jesús, «el santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los Cielos» (He. 7:26), tenía una libertad total de acceso a Dios en oración, que se debía a su incuestionable obediencia al Padre. A saber, su suprema voluntad era hacer la voluntad del Padre. Y este hecho, juntamente con la conciencia de haber ordenado su vida de esta manera, le daba confianza y seguridad, lo cual hacía que se acercara al trono de la gracia con una

tranquilidad e intimidad total. Por supuesto que las consecuencias eran obvias e inmediatas.

Y es que la verdadera obediencia nacida del amor nos coloca en una posición donde podemos pedir cualquier cosa en su Nombre, con la seguridad de que Él lo hará.

Tal es la clase de obediencia que nos trae al terreno de la oración y hace que nos beneficiemos con las bendiciones del Señor y las riquezas de su gracia, a través del Espíritu Santo que mora en nosotros.

Esta obediencia que se adelanta a la oración debe ser constante, amorosa, siempre cuidando de hacer la voluntad divina, y siguiendo alegremente la senda de los mandamientos de Dios.

El Señor Jesús aprendió la obediencia en la escuela del sufrimiento y, al mismo tiempo, aprendió a orar en la escuela de la obediencia. Pues así como «la oración del hombre justo puede mucho» (Stg. 5:16), de igual manera sucede con la justicia del creyente que resulta de una absoluta obediencia a Dios. En otras palabras, un hombre justo es un hombre obediente, y es alguien que puede orar eficazmente y conseguir grandes cosas sobre sus rodillas.

Pero la verdadera oración no es un mero sentimiento, ni algo poético, ni la elocuencia surgida de la mente humana. Tampoco consiste en repetir constantemente «Señor, Señor»; no es una mera formalidad de palabras ni la mención liviana del Nombre de Dios. La oración en sí es obediencia. Por eso, sólo aquellos que obedecen tienen derecho a orar esperando auténticos resultados. Porque detrás de la oración debe estar el respaldo de la actitud, y es el constante hacer la voluntad de Dios en la vida diaria lo que da potencia a la oración, como lo enseñó nuestro Señor:

«No todo el que me dice *Señor, Señor* entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los Cielos. Muchos me dirán en aquel día: *Señor, señor, ¿no profetizamos en tu Nombre, y en tu Nombre echamos fuera demonios, y en tu Nombre hicimos muchos milagros?* Y entonces les declararé: *Nunca os conocí; apartaos de Mí, hacedores de maldad*» (Mt. 7:21-23).

Ningún «Nombre», por precioso y poderoso que sea puede proteger y dar eficacia a la oración si no va acompañada por el hacer la voluntad de Dios. Ni tampoco puede esta última actitud, sin la oración, protegernos o

La verdadera
obediencia
nacida del
amor nos
coloca en
una posición
donde
podemos
pedir
cualquier
cosa en su
Nombre,
con la
seguridad
de que Él
lo hará.

La obediencia a Dios ayuda a la fe como ningún otro atributo. Es decir, cuando la obediencia implícita a los mandamientos divinos se ejercita en la vida diaria y práctica del creyente, la fe ya casi deja de ser un esfuerzo sobrehumano. Más aún, el ejercerla no requiere ningún esfuerzo: la obediencia a Dios hace que creer y confiar en Él sea algo fácil y natural.

guardarnos de la desaprobación divina. Si la voluntad de Dios no está gobernando y controlando la vida, la oración no será sino un sentimiento enfermizo. Si la oración no inspira, santifica y dirige nuestra labor, entonces interviene la voluntad del *yo*, y arruinará tanto al obrero como la obra.

¡Cuán variadas y múltiples son las malas interpretaciones de los verdaderos elementos y el funcionamiento de la oración! Hay muchos que verdaderamente desean obtener una respuesta a sus oraciones, pero que no lo consiguen. Fijan sus mentes en alguna promesa de Dios y luego continúan pidiendo con perseverancia, aferrándose a ella. Este fijar en la mente alguna promesa puede ser válido en cuanto al fortalecimiento de la fe, pero para sostenerse en la promesa debe añadirse la oración persistente e importuna que sabe esperar hasta que la fe crece y florece en todo su esplendor. ¿Y quién será capaz de orar de tal manera, si no está dispuesto a obedecer gozosamente los mandamientos de Dios?

La fe, en su forma más elevada, es la actitud así como el hecho de un alma rendida a Dios, en quien moran su Palabra y su Espíritu. Es cierto que la fe debe existir en una u otra forma para aventurarse a orar; pero únicamente en su fuerza máxima y sus más amplios resultados se constituye el fruto de la oración.

Es verdad también que la fe aumenta la habilidad y la eficiencia de la oración, pero es cierto igualmente que la oración aumenta la habilidad y eficacia de la fe. La oración y la fe obran, pues, actúan y reaccionan la una sobre la otra.

Asimismo, la obediencia a Dios ayuda a la fe como ningún otro atributo. Es decir, cuando la obediencia implícita a los mandamientos divinos se ejercita en la vida diaria y práctica del creyente, la fe ya casi deja de ser un esfuerzo sobrehumano. Más aún, el ejercerla no requiere ningún esfuerzo: la obediencia a Dios hace que creer y confiar en Él sea algo fácil y natural. Y donde el espíritu de obediencia impregna el alma, donde la voluntad está perfectamente rendida a Dios y donde hay un propósito fijo e inalterable de obedecerle, la fe surge en forma espontánea, casi como algo involuntario. Es el próximo paso después de la obediencia, y puede ser cumplido fácil y rápidamente. Entonces, la dificultad en la oración

no se relaciona con la fe, sino con la obediencia, que es su fundamento.

Por consiguiente, debemos vigilar bien nuestra obediencia al Señor, las actitudes secretas de donde surgen nuestras acciones y la lealtad de nuestro corazón; sólo así, lograremos orar provechosamente y conseguir las mayores bendiciones como fruto de nuestra oración. La obediencia es el terreno de acción de la oración eficaz, mientras que la falta de obediencia en nuestras vidas quebranta y destruye nuestra oración...

Muy a menudo, la vida está en desorden y ello hace que estemos en una posición donde la oración es prácticamente imposible, a no ser para alcanzar perdón y misericordia (como ya mencionamos anteriormente).

En definitiva, ningún hombre puede orar en el verdadero sentido de la palabra, si no está dispuesto a obedecer a Dios en forma incuestionable e incondicional.

La voluntad debe estar rendida a Dios: ésta es la condición primordial para toda oración exitosa. Recordemos las palabras de este antiguo y amado himno:

“Obedecer y confiar en Jesús
es la senda marcada para andar en la luz”.

Ningún hombre puede orar en el verdadero sentido de la palabra, si no está dispuesto a obedecer a Dios en forma incuestionable e incondicional.

13

Oración y vigilancia

En todo tiempo, el soldado cristiano ha de esgrimir el arma de la oración, si desea tener muchas victorias.

David Brainerd era perseguido y acosado por adversarios infernales que estaban resueltos a robarle su galardón. Él sabía que nunca debía abandonar su armadura, pero se echó a descansar con su peto agujereado... Las manchas que estropearon la perfección de su lustrosa armadura y que ensuciaron su brillante escudo permanecieron imperceptibles para nosotros, pero para él fueron el origen de mucha pena y suspiros.

LA VIDA DE DAVID BRAINERD

La descripción del soldado cristiano dada por Pablo en la segunda mitad de Efesios 6 es sumamente concisa y comprensible; nos presenta un conflicto que tiene varias etapas fluctuantes: períodos de prosperidad y adversidad, luz y oscuridad, victoria y derrota. Y hemos de orar en todas las etapas, y con toda petición y súplica. Esto, añadido a la armadura, nos dará la capacidad y el poder para resistir en la batalla.

En todo tiempo, pues, el soldado cristiano ha de esgrimir el arma de la oración, si desea tener muchas victorias... Solamente por este medio, estará capacitado para derrotar a su maligno e inveterado enemigo, el diablo, y a todas sus huestes infernales. "Orad siempre y sin desmayar" es la orden divina (Lc. 18:1), y esto cubre todas las etapas de la vida, y abarca todas las formas de oración.

Los soldados cristianos, peleando la buena batalla de la fe tienen acceso a un lugar de descanso, al cual acuden de continuo para reforzarse con oración. Veamos las palabras de la Escritura al respecto:

"Orando en todo tiempo, con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca, me sea dada palabra para dar a conocer con denuesto el misterio del Evangelio" (Ef. 6:18 y 19).

Nunca puede hacerse suficiente énfasis en cuanto a que la vida cristiana es una guerra, un conflicto intenso y una lucha constante. Es una batalla contra enemigos invisibles que están siempre alerta, y buscando tender tram-

pas, engañar y arruinar las almas de los hombres. No, la vida a la cual la Sagrada Escritura nos llama no es un *picnic* ni un lecho de rosas. No es tampoco un pasatiempo ni una seguidilla de placeres. Demanda esfuerzo, lucha, requiere toda la energía del espíritu para frustrar al enemigo y ser al final, más que vencedor. En definitiva, la vida cristiana es una guerra, y el cristiano ha de comportarse como un buen soldado.

¡Qué concepto tan equivocado tiene la mayoría de la gente en cuanto a la vida cristiana! ¡Qué pocos parecen conocer el carácter del conflicto y las demandas que pesan sobre ellos! ¡Cuán ignorantes son en cuanto al enemigo o enemigos que deben enfrentar si se proponen consagrar sus vidas a Dios, servirle fielmente y recibir una corona en los Cielos! A veces parece que el creyente apenas llega a darse cuenta de que el mundo, la carne y el diablo se le opondrán tenazmente en su camino y tratarán de derrotarle hasta hacerle morder el polvo, a menos que se entregue a sí mismo a una vigilancia y oración constantes.

Recordemos una vez más, el soldado cristiano no lucha contra carne o sangre, sino contra huestes de maldad en las regiones espirituales. ¡Qué fuerzas tan malignas y poderosas se oponen a aquel que peregrina por el desierto de este mundo hacia los portales de la Ciudad Celestial! No es para sorprenderse, por tanto, que encontremos a Pablo, quien entendía tan bien el carácter de la vida cristiana, amonestándonos enfáticamente a que nos pongamos «toda la armadura de Dios» y a orar con «toda oración y súplica en el Espíritu». La generación actual necesita darse cuenta de esta verdad tan vital, absolutamente indispensable para una vida cristiana victoriosa y feliz.

¡Cuán razonables y ciertas son las instrucciones que Pablo da al soldado cristiano! Primeramente, debe poseer una idea clara del carácter de la vida en la cual ha entrado. Luego, debe saber algo acerca de sus enemigos, los adversarios de su alma inmortal: su fuerza, habilidades y malignidad. Conociendo el carácter del enemigo, y dándose cuenta de la necesidad de preparación para vencerles, está preparado entonces para escuchar las conclusiones decisivas del apóstol:

"Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura

La vida cristiana es una guerra, un conflicto intenso y una lucha constante. Es una batalla contra enemigos invisibles que están siempre alerta, y buscando tender trampas, engañar y arruinar las almas de los hombres.

La oración se suma a las cualidades y a las victorias más rotundas de los buenos soldados de Cristo. Sí, el poder de la oración es el arma más poderosa en el campo de batalla y en medio del más arduo conflicto.

de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo (...) Por tanto, tomad toda armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y, habiendo acabado todo, estar firmes" (Ef. 6:10 y 11, 13).

Todas estas instrucciones terminan en un clímax; y este clímax es la oración. ¿Cómo podrá el valiente guerrero de Cristo ser aún más valiente? ¿Cómo podrá el soldado ser aún más fuerte? ¿Cómo podrá el luchador ser más que vencedor? He aquí, de nuevo, las instrucciones específicas de Pablo para tal fin:

"Orando en todo tiempo, con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos" (Ef. 6:18).

Esto es, la oración se suma a las cualidades y a las victorias más rotundas de los buenos soldados de Cristo. Sí, el poder de la oración es el arma más poderosa en el campo de batalla y en medio del más arduo conflicto...

Pablo era un verdadero soldado de la Cruz. Para él, la vida no era un lecho de rosas, sino un intenso conflicto de enfrentamiento con muchos adversarios y de constante vigilancia y esfuerzo. Y, cuando vio que su fin estaba próximo, elevó este glorioso clamor de victoria:

"He peleado la buena batalla" (2 Ti. 4:7).

Era, en verdad, más que vencedor...

Notad cuidadosamente que la armadura de Dios no sirve de nada a menos que le sea añadida la oración. Éste es el vínculo entre la armadura de Dios y la oración, lo que mantiene unidas sus diferentes piezas y garantiza su efectividad.

En su epístola a los Romanos, Pablo indica la naturaleza de su vida de soldado, dándonos algunas muestras de la clase de oración necesaria para tal carrera:

"Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios, para que sea librado de los rebeldes que están en Judea, y que la ofrenda de mi servicio a los santos en Jerusalén sea aceptada" (Ro. 15:30 y 31).

Aquí tenemos un gran soldado, un capitán, en medio de una gran lucha, enfrentado por fuerzas malignas que están buscando de continuo su ruina. sus fuerzas se van agotando, ¿con qué refuerzos podrá contar? ¿Qué puede darle la victoria en una emergencia tal? Es un momento crítico en medio del conflicto, ¿qué fuerza puede

añadirse a la energía de sus propias oraciones? La respuesta es: las oraciones de los demás, en este caso, de los hermanos que estaban en Roma. En efecto, Pablo creía firmemente que sus oraciones le traerían ayuda adicional, de modo que pudiera ganar su pelea, vencer a sus adversarios y prevalecer.

Además, el soldado cristiano ha de orar en todo tiempo y bajo todas las circunstancias; su oración debe estar organizada de tal manera que cubra tanto tiempos de paz como tiempos de guerra. Y debe ser tan intensa en su batallar, porque sus victorias dependerán mucho más de sus oraciones que de sus luchas.

La súplica fervorosa y la oración deben ser, pues, el suplemento de la armadura de Dios. También, el Espíritu Santo debe añadir la súplica con sus propios ruegos a nuestro favor. Y, finalmente, el soldado debe orar en el Espíritu.

Así como en otras formas de batalla y conflicto, la vigilancia constante es el precio a pagar por una resonante victoria, el cristiano ha de estar siempre vigilante y perseverante si desea triunfar contra los enemigos más colorados.

En el Nuevo Testamento hay tres palabras diferentes que se traducen por "vigilar": la primera significa "falta de sueño", e implica una mente fresca y despejada y una actitud despierta, circunspecta, constante, atenta y vigilante; la segunda significa "totalmente despierta", un estado inducido por algún esfuerzo especial que excita a la atención y el interés, dejando de lado todo descuido o indolencia. Y la tercera palabra significa "estar calmo y templado en espíritu", o sea, despojado de pasiones, influencias, libre de toda cosa secundaria.

Las tres definiciones son usadas también por el apóstol Pablo; dos de ellas son empleadas en conexión con la oración como un requisito de ésta, y como una preparación del hombre de Dios antes de ponerse sobre sus rodillas:

"Orando en todo tiempo, con toda oración y súplica en el Espíritu" (Ef. 6:18).

Éste es el precio que debemos pagar para obtener victoria sobre estos enemigos espirituales. De algo podemos estar seguros: el diablo y sus huestes nunca duermen...

Así como un pastor nunca debe descuidar su rebaño frente al peligro de los animales feroces, el soldado cris-

El soldado cristiano ha de orar en todo tiempo y bajo todas las circunstancias; su oración debe estar organizada de tal manera que cubra tanto tiempos de paz como tiempos de guerra. Y debe ser tan intensa en su batallar, porque sus victorias dependerán mucho más de sus oraciones que de sus luchas.

La oración del soldado debe reflejar su profunda preocupación por el éxito y bienestar de todo el ejército: la batalla no es sólo un asunto personal.

tiano debe tener siempre sus ojos bien abiertos. Los compañeros inseparables de la oración son la vigilancia, el estar apercebidos y montar guardia. Al escribir a los colosenses, Pablo señala estas cualidades, uniéndolas:

“Perseverad en oración, velando en ella con acción de gracias” (Col. 4:2).

El soldado cristiano ha de mantener una lucha continua, por lo que debe estar en constante oración. Debe estar siempre montando guardia y apercebido de las tácticas de enemigo, quien nunca duerme, y está siempre alerta y preparado para tomar ventaja de los giros de la batalla. El creyente no puede darse el lujo de quedarse dormido en su puesto de vigilancia. Una actitud tal no sólo acarrearía el disgusto y desaprobación del Capitán de su salvación, sino que también le expondría a un inminente peligro. Puesto que la vigilancia constituye en forma imperativa un deber de primer orden para el soldado del Señor.

Pero es justamente en este punto que se suelen encontrar muchas fallas en las profesiones cristianas de hoy día. Actualmente, hay poco o nada de soldado en aquellos que se llaman “cristianos”. La disciplina, la autonegación, el espíritu de determinación, son casi desconocidos.

¿Cuándo aprenderemos los cristianos la lección de que somos llamados a una gran contienda, y que para obtener la victoria debemos darnos por entero a la vigilancia y la oración constante?

“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quién devorar” (1 P. 5:8).

Otro punto a destacar es que la oración del soldado debe reflejar su profunda preocupación por el éxito y bienestar de todo el ejército: la batalla no es sólo un asunto personal. En otras palabras, la victoria no se consigue solo ni para sí únicamente. En un sentido, todo el ejército de Dios está involucrado: la causa de Dios, sus santos, sus enemigos y pruebas, sus deberes y cruces, todo ha de encontrar una fervorosa voz de súplica en el cristiano que ora. No puede limitar la oración a sí mismo, pues nada seca tanto el manantial de la espiritualidad como la oración egoísta.

La Iglesia de Dios es, por consiguiente, una hueste militante. Dicho de otra manera, el pueblo de Dios com-

pone una armada que lucha para establecer su Reino en la Tierra; su meta es destruir los planes y tretas de Satanás y, sobre sus ruinas, levantar el Reino de Dios, un Reino de paz y justicia en el Espíritu Santo. Y esta armada militante está compuesta por individuos que son soldados de la Cruz, los cuales necesitan vestir la armadura de Dios para su defensa.

Concluimos con la idea de que la experiencia cristiana y su influencia carecerán de verdadero significado, a menos que la oración ocupe un elevado lugar en la vida del creyente. ¿Cómo, pues, puede un soldado cristiano soñar con la victoria, a no ser que sea fortificado por el poder de la oración? Si además de vestir toda la armadura de Dios, se mantiene fiel en la vigilancia y la oración perseverante, será mucho más que vencedor...

“Afiánzate en su gran poder,
que para siempre dura;
pero prepárate a luchar
con toda su armadura”.

Si además de vestir toda la armadura de Dios, el soldado cristiano se mantiene fiel en la vigilancia y la oración perseverante, será mucho más que vencedor.

14

La oración y la Palabra de Dios

La Palabra de Dios es la base e inspiración de nuestras oraciones.

Soy una criatura frágil y fugaz que pasa por la vida como una flecha en el aire. Soy un espíritu que viene de Dios y regresa a Dios. En pocos momentos dejo de existir para sumergirme en la eternidad. Una cosa deseo saber: el camino al Cielo, cómo llegar salvo a la otra orilla. Dios mismo se ha dignado a enseñarnos el camino; para este fin descendió de los Cielos. Él lo ha escrito en un libro. ¡Oh, dadme ese Libro! ¡A cualquier precio, dadme el bendito Libro de Dios! ¿Acaso no dice tu Palabra «y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios»? Tú das a todos en abundancia y has prometido que si alguno desea hacer tu voluntad, le harás saber tus caminos. ¡Yo anhelo andar por tus caminos! ¡Hazme saber tu voluntad!

JOHN WESLEY

La Palabra de Dios es la base y el directorio de la oración de fe. El apóstol Pablo, escribiendo a los colosenses, dijo:

“La Palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales” (Col. 3:16).

Es decir, cuando esta Palabra de Cristo es ricamente asimilada, ella misma engendra la oración. Porque la fe está construida sobre la Palabra y el Espíritu, y ella es el cuerpo y sustancia de la oración.

Así, en muchos de sus aspectos, la oración depende estrechamente de la Palabra de Dios. El Señor Jesucristo lo expresó de este modo:

“Si permanecéis en mí, y mis Palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (Jn. 15:7).

La Palabra de Dios es, pues, la base e inspiración de nuestras oraciones.

Esta Palabra de Dios, que es la Escritura, nos dice que los santos del Antiguo Testamento por medio de su fe ob-

tuvieron las promesas. Pareciera, entonces, que en la oración radica la capacidad de ir aún más allá de la Palabra, de llegar más lejos que su promesa, hasta la misma presencia de Dios. ¡Jacob luchó, no tanto con una promesa como con el Prometedor! Debemos, pues, aferrarnos al Prometedor, pues Él es la fuente de toda dádiva y bendición.

La oración puede muy bien definirse como aquella fuerza que vitaliza y da energía a la Palabra de Dios, asiéndose del mismo Señor. De esta manera, la oración hace que la promesa se convierta en algo personal:

“Nadie hay que invoque tu Nombre, que se despierte para apoyarse en Ti” (Is. 64:7).

“¿O forzará alguien mi fortaleza? Haga conmigo paz, sí, haga paz conmigo” (Is. 27:5).

Según la Escritura, la oración puede dividirse en *petición de fe* y *petición de sumisión*: la primera está basada en la Palabra escrita, puesto que “la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios” (Ro. 10:17). Y la segunda, no es una promesa definida, por así decirlo, pero se aferra en Dios, con un espíritu humilde y contrito, y le pide ardientemente lo que el alma desea. Abraham, por ejemplo, no tenía una promesa definida de que Dios pudiera perdonar a Sodoma. Moisés no tenía tampoco ninguna promesa específica de que Dios procediera a perdonar a Israel; por el contrario, allí estaba la declaración de su maldición, y su propósito de destruirles. Pero el devoto líder ganó su pleito ante Dios cuando intercedió por los israelitas con oraciones incesantes y muchas lágrimas. Daniel no tenía una promesa definida de que Dios le revelaría el significado del sueño del rey, pero él oró específicamente, y Dios le contestó en forma definida.

Y es que la Palabra de Dios se hace efectiva en la vida práctica mediante el proceso de la oración.

Sí, la Palabra de Dios es de gran ayuda en la oración. De hecho, si estuviera firmemente grabada en nuestros corazones, formaría un manantial continuo de oración...

Esta Palabra divina, presentada como promesas atesoradas en el corazón, son el combustible del cual la oración recibe vida y calor; el alimento por medio del cual se nutre y fortalece toda oración auténtica.

Sin embargo, a menos que las fuerzas vitales de la oración estén suplidas por la Palabra de Dios, la oración, aunque ferviente y anhelante, será en realidad débil y

La oración puede muy bien definirse como aquella fuerza que vitaliza y da energía a la Palabra de Dios, asiéndose del mismo Señor. De esta manera, la oración hace que la promesa se convierta en algo personal.

No hay
promesas
más
radiantes,
más
abundantes,
explícitas,
y reiteradas
con más
frecuencia
que aquellas
que se
relacionan
con la
oración.

vacía. Es más, la ausencia de la fuerza vital en la oración puede ser atribuida a la desnutrición constante de la Palabra de Dios. Pues así como “el hombre no puede vivir sólo de pan», la oración necesita de toda Palabra que sale de la boca de Dios” (Lc. 4:4). Por tanto, aquel que desee aprender a orar bien, debe primeramente estudiar con diligencia la Palabra de Dios y guardarla en su memoria y en su corazón.

Cuando consultamos la Palabra de Dios, encontramos que uno de los deberes cristianos más claramente destacados es el de la oración. Por otra parte, descubrimos que es uno de los hábitos más exaltados en la vida del cristiano. No hay promesas más radiantes, más abundantes, explícitas, y reiteradas con más frecuencia que aquellas que se relacionan con la oración: “Cualquier cosa” puede estar involucrada en la oración de acuerdo a la promesa; no hay límite para las provisiones incluídas en las promesas a la oración –“todo aquel que pide, recibe” (Mt. 7:8)–, y la Palabra de nuestro Señor tiene un efecto infinitamente amplio:

“Si algo pidiereis en Mí Nombre, Yo lo haré” (Jn. 14:13).

¡Qué declaraciones tan enfáticas y claras las que se registran en la Escritura! ¡Cómo nos alientan y constriñen a orar! ¡Cómo nos hacen acercar al trono de la Gracia para buscar a Dios con todas nuestras cargas!

Además de estas palabras de aliento, la Escritura está llena de hechos, ejemplos, incidentes y observaciones destacando la importancia y absoluta necesidad de la oración.

El máximo alcance y total beneficio de las ricas promesas de la Palabra de Dios debe ser recibido, no obstante, en humildad por nosotros, los creyentes, y llevadas a la práctica. Hasta que esto no sea hecho, el mundo no podrá recibir los beneficios totales del Evangelio. Tampoco la experiencia ni la vida cristiana serán lo que deben ser hasta que estas divinas promesas hayan sido probadas en toda su extensión por aquellos que oran. Y es que es por medio de la oración que traemos estas promesas de la santa voluntad de Dios dentro del área de la realidad.

Tales son demasiado amplias para ser alcanzadas por una oración mediocre, por lo que hemos de orar de todo nuestro corazón hasta que lleguen a su cumplimiento...

“De cierto, de cierto os digo: el que en mí cree, las obras que Yo hago, él las hará también, y aún mayores hará, porque Yo voy al Padre. Y todo lo que pidiereis al Padre en mi Nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidiereis en mi Nombre, Yo lo haré” (Jn. 14:12 y 13).

¿Quién de nosotros, en nuestras oraciones, alcanza el nivel de esta promesa del Señor? ¡Cuánto hay aquí para gloria de Dios y para el bien del hombre! ¡Cuánto para la manifestación del poder de Cristo entronado, y para la recompensa de una fe abundante!

Miremos por un momento otra de las grandes promesas de Dios, y descubramos cómo puede llevarse a cabo por medio de la Palabra cuando oramos:

“Si permanecéis en Mí, y mis Palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (Jn. 15:7).

En estas palabras, Dios se inclina a Sí mismo a la voluntad de su pueblo. Ya que cuando Cristo es nuestro *todo en todo*, la oración pone los tesoros de Dios a nuestra disposición.

Los cristianos primitivos tenían una solución fácil y práctica para cada situación: tomaban sencillamente todo aquello que Dios tenía para darles. Esta sencilla solución está registrada en la primera epístola de Juan:

“Y cualquiera cosa que pidiéremos, la recibiremos de Él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de Él” (1 Jn. 3:22).

A saber, la oración, conjuntamente con la obediencia, es la forma de poner a prueba las promesas de Dios, y de alcanzar la respuesta para todas las cosas. Pero, además, la oración, unida a la Palabra de Dios, consagra y santifica todos los dones de Dios.

Hacer, entonces, la voluntad de Dios y tener su Palabra morando en nosotros son dos factores imperativos para la oración eficaz. Pero, alguien podrá preguntar, ¿cómo sabemos cuál es la voluntad de Dios? La respuesta es: estudiando su Palabra, que es la Luz Verdadera, y guardándola en nuestros corazones, dejando que ella more abundantemente en nuestro ser.

Asimismo, para conocer la voluntad de Dios en la oración, debemos ser llenos del Espíritu de Dios, quien hace intercesión por los santos de acuerdo a la voluntad

La oración,
unida a la
Palabra de
Dios,
consagra y
santifica
todos
los dones
de Dios.

La voluntad del Señor no es para manifestarse solamente en formas externas, sino que debe nacer del corazón, con gozo, sin perplejidades ni dudas, fluyendo como un manantial natural en el creyente que ha experimentado la maravilla del nuevo nacimiento y que hace de la Palabra de Dios su matutina y su vespertino.

de Dios. Y ser llenos con el Espíritu de Dios y con su Palabra, lo que equivale a conocer su voluntad; es estar en un estado de mente y corazón que nos capacita para leer e interpretar correctamente los propósitos del Todopoderoso. Ese complemento del corazón con la Palabra y el Espíritu nos da una visión profunda de la voluntad del Padre, y nos capacita para discernir sabiamente su voluntad, poniendo en nosotros una disposición de mente y corazón tal que será la guía y el compás de nuestras vidas.

Epafras oraba para que los Colosenses fueran “llenos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría e inteligencia espiritual” (Col. 1:9). Ésta es una prueba contundente de que no solamente podemos conocer perfectamente la voluntad de Dios, sino de que podemos conocer toda su voluntad para nosotros. Más aún, podemos hacer toda la voluntad de Dios, no en forma ocasional, o por mero impulso, sino con un hábito de conducta fijo. Esta voluntad del Señor no es para manifestarse solamente en formas externas, sino que debe nacer del corazón, con gozo, sin perplejidades ni dudas, fluyendo como un manantial natural en el creyente que ha experimentado la maravilla del nuevo nacimiento y que hace de la Palabra de Dios su matutina y su vespertino.

15

La oración y la Palabra de Dios (continuación)

Hace algunos años, un hombre estaba viajando por los campos de Kentucky. Llevaba con él una gran suma de dinero y estaba bien armado. Cierta noche, se detuvo en un albergue, pero la ruda apariencia de su dueño le preocupó bastante. Se fue a la cama temprano, pero no durmió. A medianoche escuchó que los perros ladraban furiosamente y que alguien entraba en la casa. Mirando por una rendija entre las tablas de la pared de su cuarto, vio a un extraño con un fusil en la mano. Otro hombre se sentó delante del fuego. El viajero llegó a la conclusión de que estaban planeando robarle, y se preparó para defenderse. Pero el recién llegado tomó una Biblia, leyó un capítulo en voz alta y luego se arrodilló para orar. El viajero ya no sintió más temor, dejó su revólver y se acostó, durmiéndose profundamente hasta la mañana siguiente. Así fue cómo una Biblia evitó que sucediera una tragedia.

SHOUP, F. F.

En el salmo 19, David magnifica la Palabra de Dios en seis declaraciones: convierte el alma, hace sabio al simple, alegra el corazón, ilumina los ojos, permanece para siempre y es verdadera y justa. Sí, la Palabra de Dios es perfecta, segura justa y pura. Penetra profundamente en el corazón, purificándolo y limpiándolo de toda cosa vana e impía. No es de sorprenderse, por lo tanto, que después de considerar la profunda espiritualidad de la Palabra de Dios, su poder para hurgar en la naturaleza interior del hombre, el salmista cerrara su disertación con este pasaje:

“¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos. Preserva también a tu siervo de las soberbias; que no se enseñoreen de mí. Entonces seré íntegro y estaré limpio de gran rebelión. Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, Oh Jehová, roca mía, y redentor mío” (Sal. 19:12-14).

Aquí es donde el hombre encuentra su escudo y protección contra el pecado: teniendo la Palabra de Dios atesorada en su corazón, y estando todo su ser impregnado de ella.

Dicho salmo, en casi cada uno de sus versículos, contiene una palabra, la cual identifica o localiza la Palabra de Dios. Muy a menudo, el escritor irrumpe en oración y súplica, diciendo: "enséñame tus estatutos".

Y es que el salmista está tan profundamente impresionado con las maravillas de la Palabra de Dios y con la necesidad de la iluminación divina, que no puede menos que orar de esta manera:

"Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley" (Sal. 119:18).

Aquí es donde el hombre encuentra su escudo y protección contra el pecado: teniendo la Palabra de Dios atesorada en su corazón, y estando todo su ser impregnado de ella.

También Santiago, en la siguiente exhortación, reconoce la profunda espiritualidad de la Palabra y su poder inherente para salvarnos del enemigo y del pecado; es decir, de la muerte espiritual y eterna:

"Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la Palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas" (Stg. 1:21).

Y Pedro sigue esta misma línea, cuando describiendo el poder salvador de la Palabra de Dios, se expresa así:

"Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre" (1 P. 1:23).

Pedro no sólo habla de nacer de nuevo mediante la Palabra incorruptible de Dios, sino que también nos dice que para crecer en la gracia debemos ser como bebés recién nacidos, deseando ser alimentados con "la leche espiritual no adulterada" (1 P. 2:2).

Recordemos que la Palabra de Dios está impregnada con el Espíritu Santo, y así como hay un elemento divino en las Palabras de la Escritura, ese mismo elemento puede hallarse en toda verdadera predicación de la Palabra, la cual puede salvar y convertir al alma.

La oración invariablemente engendra amor por la Palabra de Dios y predispone a las personas a su lectura. Además, lleva a las personas a obedecer la Palabra de Dios, y pone un gozo indecible en el corazón de aquellos que se complacen en la obediencia.

Así, la gente que ora y lee la Biblia son la misma clase de gente, pues el Dios de las Escrituras y el Dios de la

oración es el mismo: Dios habla al hombre a través de la Biblia, y el hombre habla a Dios por medio de la oración. Dicho de otra manera, leemos la Biblia para descubrir la voluntad de Dios, y oramos con el propósito de recibir el poder para hacer esa voluntad. Esto es, la lectura de la Biblia y la oración son las señales distintivas de aquellos que anhelan conocer y agradar a Dios.

Y así como la oración engendra amor por las Escrituras, del mismo modo la oración hace que los hombres y mujeres visiten la casa de Dios y escuchen las Escrituras que allí se exponen. Ir a la iglesia está estrechamente conectado con la Biblia. En primer lugar, porque la misma Escritura nos exhorta a que no dejemos de congregarnos (He. 10:25), y en segundo lugar, porque es la casa de Dios, y su siervo declara y explica su Palabra a la congregación. En efecto, la oración hace que aquel que la practica no olvide la santa práctica de asistir regularmente a la *casa de Dios* (aspecto que volveremos a retomar más adelante).

Repetimos, la oración exalta la Palabra de Dios y le da preeminencia en la estimación de aquellos que invocan el Nombre del Señor.

Su terreno firme está solamente dentro de las garantías que ofrece la Escritura, y su misma existencia y carácter dependen de la revelación hecha por Dios al hombre.

Aún más, encontramos que la oración crea un amor real por las Escrituras y pone dentro de la naturaleza humana un verdadero deleite por la Palabra de Dios. En un éxtasis santo, de nuevo, el salmista exclama:

"¡Oh, cuánto amo yo tu ley! (...) ¡Cuán dulces son a mi paladar tus Palabras! Más que la miel a mi boca" (Sal. 119:103).

¿Deseamos amar intensamente la Palabra de Dios? Entreguémonos, pues, en forma continua a la oración. Porque aquel que tenga un corazón dispuesto a leer la Biblia no debe ni puede olvidarse de orar. A su vez, ningún hombre que no ore puede decir que ama la Biblia en verdad.

Nuestro Señor Jesucristo, que nos dio enseñanza y ejemplo de dedicación a la oración con su propia vida cuando estuvo aquí en la Tierra, magnificó asimismo la Palabra de Dios, citándola muy a menudo. Sí, en su vida

Leemos la Biblia para descubrir la voluntad de Dios, y oramos con el propósito de recibir el poder para hacer esa voluntad. Esto es, la lectura de la Biblia y la oración son las señales distintivas de aquellos que anhelan conocer y agradar a Dios.

Ninguna otra cosa es más esencial para una vida llena del Espíritu que la lectura de la Biblia y la oración; dos ayudas indispensables para crecer en la gracia, para extraer el mayor gozo de la vida cristiana y establecerse en los caminos de paz.

terrenal, Jesús observó el día de reposo, la asistencia al Templo y la lectura de la Palabra de Dios:

“Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer” (Lc. 4:16).

Podemos concluir diciendo que ninguna otra cosa es más esencial para una vida llena del Espíritu que la lectura de la Biblia y la oración; dos ayudas indispensables para crecer en la gracia, para extraer el mayor gozo de la vida cristiana y establecerse en los caminos de paz. Por consiguiente, el abandono y descuido de estos importantes deberes presagia indefectiblemente un abatimiento del alma, una pérdida de gozo y paz, una aridez de espíritu y un total decaimiento de todo lo que se relaciona con la vida espiritual; prepara también el camino para la apostasía, y da al maligno una ventaja tal que ciertamente la aprovechará para la ruina del creyente y de la obra.

Leer la Palabra de Dios regularmente y orar sin cesar es lo único que, en definitiva, nos pondrá a salvo de los ataques del enemigo de las almas y nos garantizará la victoria final a través del poder de la sangre del Cordero.

LIBRO VI

EL PREDICADOR Y LA ORACIÓN
